

CURROS ENRÍQUEZ, MANUEL (1851-1908)

*EL MAESTRE DE SANTIAGO*

(Leyenda)

Esta leyenda fue escrita hacia 1869 y, según Curros, sus versos figuran entre los primeros que escribió en castellano. Se publicó en El *Heraldo*, números 5 al 44, en 1874. Años después, en 1892, se imprimió en Madrid, con prólogo de Rodríguez Carracido y dedicatoria a su amigo Felipe Picatoste. La leyenda se basa en un hecho histórico, la caída de Alfonso Enríquez de Portugal en manos de Fernando de León, que Curros altera profundamente, añadiéndole multitud de elementos fantásticos.

AL SEÑOR DON FELIPE PICATOSTE  
(Testimonio de veneración y cariño de el autor).

LIBRO PRIMERO

CRIMEN Y EXPIACIÓN

I

En medio de un abrupto promontorio  
de acantiladas, vacilantes rocas,  
monstruos que arrancan de sus pardas bocas  
alaridos de rabia al huracán,  
levantábase en tiempos ya lejanos,  
cual implacable símbolo de muerte,  
la rica y opulenta casa fuerte  
del señor de Milmanda y Sanchidrián.

Morada de dolor, sobre sus torres  
el murciélago vil revolotea,  
mientras el dulce jugo saborea  
que a la sagrada lámpara robó;  
y el búho malhadado, pesaroso,  
deja escuchar allí su voz sombría,  
cuando a la luz espléndida del día  
la fatídica noche sucedió.

Dueño de inmensos pueblos y vasallos,

por pecheros y próceres temido,  
en todo Galicia conocido  
don Ramiro de Acosta y Santarén;  
conocido por cruel y sanguinario,  
temido por sagaz y traicionero,  
que su fama de innoble caballero  
cunde por pueblos y abadías cien.

De espíritu mezquino y rencoroso,  
de corazón henchido de veneno,  
su palabra de déspota es un trueno  
que amaga pavorosa tempestad.  
Esposo infiel, sacrificó a su esposa  
y en dura cárcel atormenta a su hija;  
que su pecho de tigre no cobija  
sentimientos de amor ni caridad.

Temerario y sacrílego, escarnece  
los fallos del Señor con insolencia,  
y creyendo extinguir en su conciencia  
los gritos de sus víctimas de ayer:  
«¡Sangre!», murmuran sus febriles labios,  
y sangre entonces el tirano vierte,  
y el pueblo de Milmanda se divierte  
en contemplar cadáveres doquier.

Recluso en lo interior de su castillo,  
el alma por recuerdos torturada,  
se alza de don Ramiro a la mirada  
el libro de su vida criminal,  
y al fijarse en su página postrera  
sus ojos hierde este recuerdo triste:  
«¡Traidor, traidor!... ¿Por qué a tu rey vendiste,  
tú, el privado del rey de Portugal?...

Don Alfonso te amaba como a un hijo,  
te colmaba de dichas y favores:  
los más altos magnates y señores  
de su corte, nada eran ante ti;  
te ha señalado cámara en su alcázar,  
diote pajes y gentes de servicio,  
y al fin, tanta merced y beneficio,  
¿de qué manera los pagaste? ¡Di!

¡Ah! Mientras don Alfonso se lanzaba,  
al frente de sus tropas valerosas,

a combatir las huestes numerosas  
del leonés intrépido y feroz;  
y mientras a su empuje se rendía  
el pendón castellano hecho jirones,  
trepando sus guerreros escuadrones  
los muros de la invicta Badajoz,

cobarde, ¿tú qué hacías? Concertabas  
la muerte de tu rey y tus hermanos;  
de una mujer por los hechizos vanos,  
¡miserable!, vendías tu nación...  
¡Y la vendiste, al cabo! ¿No te acuerdas?...  
Don Fernando el Segundo diote esposa,  
y, precio infame a una traición odiosa,  
regalaste un vencido al de León.

¡Un vencido! Encontraste un ruin arquero  
que hiriese a tu señor; mas no has logrado  
dar término a tu plan, ni el dedo airado  
esquivaste de Dios, en justa ley.  
La flecha pudo atravesar su muslo...  
Huyó el villano; pero, en duro grito,  
entre estas rocas te mandó proscrito  
la voz severa de uno y otro rey.

Duerme, si puedes, Santarén malvado;  
duerme, si logras conciliar el sueño...  
Mas, ¡ah!, que inútil ha de ser tu empeño,  
vano tu esfuerzo, sí, vano tu afán.  
¡Mañana, acaso, a tu castillo acuda,  
estrechas cuentas a zanjar contigo,  
el bandolero a quien llamaste amigo  
cuando trazaste tan inicuo plan!...»

Al cruzar esta idea por su mente,  
doloroso recuerdo de otros días,  
recorre Santarén las galerías  
de su rico palacio señorial  
y da aviso a sus gentes que en la almena  
se cuelgue a todo aquel que, del rastrillo,  
pregunte si el que habita su castillo  
fue privado del rey de Portugal.

Y siempre, ora de día, ora de noche,  
ya al resplandor del sol, ya al de la luna,  
en cada torre hay por lo menos una

víctima de aquel ser sin corazón.  
Pobres mendigos que buscando vienen  
calor para sus miembros ateridos,  
por espías juzgados y tenidos,  
en horca morirán, sin compasión...

E impaciente, intranquilo, receloso,  
al cuarto corre Santarén de su hija,  
y en ella clava la mirada, fija,  
cuando en sus rezos la sorprende allí;  
ávido la contempla..., y, más tranquilo,  
tórname de matanza a su faena,  
en tanto doña Dulce, en alma llena  
de pesadumbre y duelo, oraba así:

«Virgen mía, mi virgen adorada,  
esperanza feliz para el que llora:  
¡estoy triste, consuélame, Señora,  
consuela a la que siempre te adoró!  
¡Da a mi padre un momento de reposo,  
un momento de paz, en su tortura,  
o llévame a tu reino, Virgen pura,  
que entre sangre no puedo vivir yo!»

## II

Así la pobre niña,  
de hinojos prosternada,  
el alma lacerada  
por bárbaro puñal,  
oraba ante una gótica  
imagen de María,  
en tanto que vertía  
de perlas un raudal.

¡Lloraba! ¿Y quién no llora  
si vive entre cadenas,  
sufriendo los tormentos  
de dura esclavitud?  
¿Quién puede ver sin lágrimas  
que corran entre penas  
los plácidos momentos  
de nuestra juventud?

¿Quién vio desde su cárcel

cruzar la golondrina  
y rápida hasta el cielo  
su vuelo remontar,  
que no envidie esas alas  
al ave peregrina,  
para en igual anhelo  
tan rápido volar?

Indócil es y triste  
de doña Dulce el llanto,  
tan triste y dolorido  
que mueve a compasión.  
Su hogar trocado en cárcel,  
aumenta su quebranto  
su padre, que ha perdido  
la paz del corazón.

¡Sí, que sin ella vive  
el pobre don Ramiro,  
y vive condenado  
a guerra tan cruel,  
que sólo cuando exhale  
el último suspiro,  
si muere en buen estado,  
la paz irá con él!

En tanto, será inútil  
que al cielo mire ansioso,  
en busca de esa estrella  
que le alumbró fugaz;  
en vano paz demanda  
con grito doloroso,  
por ver si encuentra  
en ella su espíritu solaz.

Que cuando sus pupilas  
tendió sobre la tierra  
y cuando allá hasta el cielo  
sus ojos levantó,  
tan sólo en torno suyo  
se alzó un clamor de guerra,  
y guerra siempre y duelo  
doquiera columbró.

Si en noche silenciosa  
cerró sus tristes párpados

y quiso en su despecho  
hallar la paz así,  
luego sintió su alma  
roída por cien víboras,  
y salta de su lecho  
con rabia y frenesí.

Si aún no desengañado,  
con báquica porfía  
en néctar y licores  
sosiego a buscar fue,  
en medio a las imágenes  
de amor, que halló en la orgía,  
espectros vengadores  
que le amenazan ve.

Y en vano, ya el instinto  
perdiendo de la vida,  
lanzarse va a la muerte  
de eterna calma en pos;  
que cuando al pecho lleva  
el arma del suicida,  
se aterra, porque advierte  
la maldición de Dios...

¡Ay! Triste del que piensa  
con infecundo empeño  
que el crimen ya pasado  
ni rastro dejará...  
En vano paz demanda:  
¡la paz sólo es un sueño  
de espantos mil poblado,  
sin término quizá!

### III

De sus valles cinturón,  
de su riqueza blasón,  
espejos de su atavío,  
fertilizan a León  
el Bernesga y el Torío.

Ambos sus anchos raudales  
llevan hasta las entrañas  
de bosques y matorrales

y hasta poblados charcales  
de juncos y de espadañas.

Ambos marchan, corredores,  
en esguinces invasores,  
por el bosque y la pradera,  
arrastrando en su carrera  
espinos, plantas y flores.

Por su curso lento e igual  
cierto instinto fraternal  
debe haber entre los dos,  
y algún misterio fatal  
en ellos esconde Dios.

Que a no haber algún misterio  
velado a humano criterio  
y a deleznable razón,  
encontrara explicación  
un caso que dan por serio.

Diz que es cosa de admirar  
en toda villa y lugar  
de estos ríos alrededor  
el rojo vivo color  
que suele el agua llevar.

Y ello podrán ser consejas,  
pero, al decir de las viejas  
que lo han llegado a saber,  
allí no quieren beber  
asnos, ni vacas, ni ovejas.

Nadie en aguas tan impuras  
se atreve un paño a lavar;  
y no hay mozo aventurar  
que eternice sus bravuras  
tirándose allí a nadar.

Que hay quien dice, preocupado,  
que el color ensangrentado  
de las aguas de estos ríos  
es señal de que está airado  
el Señor con los impíos.

Y hay quien se arriesga a jurar

que una noche -y nada arriesga-  
vio sobre el Torío flotar  
dos cadáveres al par,  
y otros dos sobre el Bernesga.

Tal la gente pregona  
Que de sus verdes riberas  
habita en toda la zona;  
y cuando el pueblo lo abona,  
el asunto va de veras.

Mas el pueblo no logró  
sujetar a su criterio  
las causas de lo que vio,  
y el misterio que encontró  
se ha quedado en el misterio.

Y ambos ríos continuaban  
en su marcha natural,  
y las gentes murmuraban  
siempre que turbio miraban  
su puro y limpio cristal.

Y era porque no sabían  
que sobre un monte escarpado,  
en cuya falda vivían  
y al que estos ríos tenían  
en sus giros rodeado,

una legión de bandidos,  
todos hombres malnacidos,  
tenían su centro allí,  
a un capitán sometidos  
que eligieron para sí.

...

Es una noche invernal,  
noche tormentosa y negra;  
no hay una estrella en el cielo  
ni hay una luz en la tierra.  
Braman los vientos con furia,  
gimen los robles con pena,  
cual si una planta satánica  
sobre sus copas sintieran.  
Diríase que irritados



los elementos que pueblan  
el espacio, sostenían  
líd pavorosa y sangrienta,  
tomando nuestro horizonte  
por campo de la pelea.

Mas, para no entretenernos,  
dígase lo que se quiera,  
el caso es que roncós gritos  
de amenazas y blasfemias,  
súplicas y carcajadas,  
voces de mando y protestas,  
todo en medio de la noche  
distintamente resuena  
desde la cumbre del monte  
que entre sus giros rodean  
por una parte el Torío,  
por otra parte el Bernesga.

Amarrados fuertemente  
por las bridas y las riendas,  
al abrigo de un pinar  
varios trotónes jadean.  
En sus arrogantes crines,  
que casi la tierra besan,  
y en la noble gallardía  
con que se alzan sus cabezas  
bien claramente pregonan,  
si en su andar no lo dijeran,  
que no hay una raza en potros  
cual la raza cordobesa.

Por debajo de los flecos  
de un caparazón que llevan,  
sin duda con miramiento  
de que el agua no les hiera,  
lujoso jaez de brocado,  
ricas monturas ostentan  
y cinchas de cuero fino  
bordadas de lentejuelas.

A juzgar por sus relinchos  
y por los surcos que dejan  
señalados al herir  
con sus cascos en la arena,  
grandes deben ser sus bríos

y más grande la impaciencia  
de ver llegar a sus dueños  
y lanzarse a la carrera.  
Mas en estas soledades  
y a tal hora, ¿a quién esperan  
los ricos potros oriundos  
de las andaluzas vegas?  
¿Por qué miran anhelantes  
hacia el lugar donde suenan  
súplicas y maldiciones,  
carcajadas y anatemas?  
¿Qué jornada les aguarda,  
que ya sus crines se encrespan  
al escuchar, de los ríos  
que bajo sus plantas ruedan,  
el estruendo pavoroso  
en medio de la tormenta?

No es un misterio. Al confín  
del pinar y en la ladera  
del monte, se alza una roca  
cuya ennegrecida cresta  
solamente es visitada  
por el buitre y la cigüeña,  
que en ella eternos habitan  
colgando su nido en ella.

Al pie de esta roca se abre,  
mal oculto entre malezas,  
un abismo; de él pendiente  
cuelga siempre una escalera,  
y en su fondo, donde nunca  
los rayos del sol penetran,  
se divisa el arco rudo  
de una gruta oscura y negra,  
cuya boca está cegada  
por una puerta de piedra  
que gira a merced del brazo  
del que por dentro la mueva.

Formidable es el terror  
que inspira la mansión  
esta: la oscuridad, el silencio,  
la fría humedad que hiela,  
la estalactita que luce  
en medio de las tinieblas

con la fosfórica ráfaga  
del ambulón, amedrentan  
el ánimo más valiente,  
el corazón de más fuerza,  
el valor más temerario.

Al umbral de esta caverna  
destaca una galería  
cóncava, oprimida, estrecha  
y torcida, como el rastro  
que deja en pos la culebra.  
Un paso más, y el pavor  
súbitamente se amengua,  
muda el alma cautivada  
por agradable sorpresa.

Es una estancia espaciosa;  
de sus bóvedas de piedra  
penden, por rojos cordeles  
tejidos de fuerte seda,  
cuatro lámparas, labradas  
de figuras arabescas.  
A su luz triste y opaca  
y en derredor de una mesa,  
donde de espléndida orgía  
los pobres restos campean,  
don Pedro Fuentecalada  
sostiene viva polémica  
con once sicarios suyos  
de faz innoble y aviesa.

Todos visten buenas ropas  
de las más vistosas telas  
de Oriente, blancos tabardos  
de lana fina, monteras  
con airón de blanca pluma  
y borceguí con espuela.  
Todos, pendientes del cinto,  
buidos puñales ostentan,  
de plata los gavilanes;  
que sólo don Pedro lleva,  
como el de más jerarquía,  
cumplido puñal de a terciá  
con cruz de macizo oro  
hecha de mano maestra,  
y caja de piel de zorra

llena de rubíes y perlas.

Sentada junto a don Pedro  
en un sitial de madera,  
fijos los rasgados ojos  
en el suelo, Magdalena  
hace ademán para hablar;  
mas no lo consigue apenas,  
cuando surca sus mejillas  
llanto que ocultar intenta  
en vano, con una risa  
terriblemente siniestra.

Cesa un momento:  
dirige una mirada sedienta  
a la metálica luna,  
en cuyo fondo contempla  
su rostro de sol tostado.  
y exclama la triste: -¡Vieja!  
¡Don Pedro!... ¡Tenéis razón!  
Vieja os parezco y debiera  
creeros, porque mis lágrimas,  
doquier que voy, no me dejan,  
y las lágrimas marchitan  
la juventud y la afean.

Mas... ¿por qué no me afrentasteis,  
don Pedro, de esta manera,  
cuando, perseguido, errante,  
os recogió en su vivienda,  
partiendo con vos su pan  
y los leños de su hoguera,  
aquella pobre gitana  
para vos entonces bella?  
Sí; ¿por qué no me ultrajasteis  
antes de que os conociera,  
antes de que en vos fiara,  
creyendo vuestras promesas?..

·  
¡Ay de mí!, que si yo entonces  
desdeñase vuestras tiernas  
caricias, vuestros halagos,  
vuestras frases lisonjeras;  
si, cuando vos me decíais:  
«Yo te amo, gitana pérfida;  
ámame tú, y a mi lado

serás feliz», yo os dijera:  
«Id en mal hora, don Pedro,  
que soy libre en mi pobreza  
y no quiero vuestro amor,  
porque el amor me encadena.»

Si, en fin, asiéndoos de un brazo,  
de este brazo, en cuya arteria  
hay sólo sangre cobarde,  
porque hace un instante apenas  
se alzó, amenazando osado  
con un puñal mi existencia,  
os arrojase a los pies  
de las huestes portuguesas  
que iban a voz de pregón  
pidiendo vuestra cabeza,  
y les gritare: «¡Ahí tenéis  
lo que buscáis: la *doncella*  
que tiembla, que palidece,  
que llora en vuestra presencia,  
es don Pedro, el arrogante  
don Pedro, aquel cuya diestra  
mandó con poca fortuna,  
mas con intención certera,  
al pecho de don Alfonso  
de Portugal una flecha!...»

¡Oh!, ¡entonces no me afrentarais  
como hoy lo hacéis: en mi senda  
de espinas, abandonada,  
pero llevando doquiera  
por compañía mi llanto  
y el rigor de mi anatema,  
fuera feliz sin amaros,  
sin gozar de estas riquezas,  
sin vuestros besos perjuros,  
sin vuestras caricias pérfidas!

Y esto diciendo, fijaba  
su mirada Magdalena  
en don Pedro, cuya faz,  
roja por la ira colérica  
que la indignación le imprime  
se alza imponente y severa.

Breve instante de silencio

sucedió calma siniestra,  
cual la que anuncia en el mar  
el equinoccio que llega.

Luego, tendiendo don Pedro  
su mano ruda y enérgica,  
dijo con la voz del trueno  
cuando inflamado revienta:  
-Maniatad a esta mujer  
y una mordaza ponedla,  
mis lebreles: ¡yo lo mando!  
sed prestos a la obediencia-.

Y como si estas palabras  
anuncio de muerte fueran,  
todos bajan al oírlas  
abrumada la cabeza,  
cual si el temor y el espanto  
ocultar así quisieran  
a los ojos de aquel monstruo  
cuyos mandatos respetan.

-Obedeced prestamente,  
o, ¡vive Dios!, que con vuestras  
cabezas haga escarmiento  
de gente traidora y perra-.  
Y al reflejo mortecino  
de las lámparas que cuelgan,  
todos los rostros se cubren  
de palidez cadavérica  
y solo el sollozo se oye  
de la pobre Magdalena,  
que de rodillas demanda  
a su tirano indulgencia.

-¡Don Pedro, don Pedro mío!  
¿Tanto os afrentó mi lengua,  
que así mandáis que me traten  
los que homenaje me prestan?  
¡Amordazarme! ¿Y por qué?  
¿Por qué, cuando a mi querella  
dio margen vuestro desdén  
y el rumor de vuestra ausencia?

¡Ved, don Pedro, lo que hacéis!  
¡Ved que ya viva, ya muerta,

mi sombra con vos irá  
por donde vaya la vuestra!  
¡Ved que os adoro, don Pedro;  
ved que mi fe no se quiebra  
con befos ni con mordazas,  
con aceros ni con flechas!  
¡Ved que tengo de seguiros  
hasta que me falte tierra  
en que pisar, y es en vano  
que os afanéis porque muera!...

Yo no he de morir, don Pedro;  
no he de morir, porque vela  
en mis entrañas el hijo  
de vuestro amor y mi afrenta,  
por el nombre de su padre  
y por mi pobre existencia-.

Mas estas tristes palabras  
en don Pedro no hacen mella,  
y solo consiguen dar  
a su coraje más fuerza;  
y mientras, montando en cólera,  
la mano a su cinto lleva,  
muda la turba le mira  
y estupefacta contempla  
que de aquel drama sombrío  
la catástrofe se acerca.

Entre tantos miserables  
no se brinda uno siquiera  
a ejecutar el mandato  
que el capitán les ordena;  
que todos, aunque villanos,  
no tienen en su conciencia  
remordimiento de ultraje  
a una mujer indefensa,  
y todos, antes de ser  
cobardes, páranse y tiemblan.

Páranse, pero ¿qué importa?  
Nada a don Pedro le arredra  
y siempre su brazo alcanza  
donde su anhelo le lleva.  
Don Pedro no se detiene  
cuando concibe una idea,

y antes muere en la demanda  
que renegar de su empresa.

-¡Cobardes!-dice rabioso  
al ver que por vez primera  
todos permanecen mudos  
a sus órdenes perversas-.  
Si sois tan viles que sólo  
matáis al que os da su hacienda,  
dejando desamparados  
sus deudos y parentela,  
volved el rostro, mezquinos;  
¡que vuestros ojos no vean  
morir a un ser que ya nada  
puede esperar en la tierra!-  
dijo; y alzando el puñal  
a lo alto de su cabeza,  
dos veces rasgó iracundo  
el pecho de Magdalena...

Tenues gemidos de angustia,  
entre gritos de sorpresa  
y de terror, resonaron  
por las bóvedas de piedra,  
repitiéndose sus ecos  
como un lúgubre anatema  
por el dédalo que forma  
la tortuosa vereda  
oscura, cóncava y húmeda,  
de la galería extensa,  
hasta perderse en la boca  
de aquel abismo, allá fuera.

.....

Y mientras tanto, don Pedro  
carga su víctima a cuestras;  
atraviesa silencioso  
la distancia que promedia  
desde las negras entrañas  
hasta el nivel de la tierra,  
y apareciendo un instante  
después encima la cresta  
de la roca donde anida  
la quejumbrosa cigüeña,  
dice, mirando con risa  
satánica a Magdalena:



-Por Dios que no cumplirás,  
gitanilla, tu promesa;  
si viva ha sido tu intento  
lanzarte en pos de mi huella,  
a fe que hacerlo no puedes  
cuando te contemplo muerta-.

E irguiendo en brazos el cuerpo  
de la egipcia, que chorrea  
a borbotones la sangre  
de las heridas que lleva,  
lanzólo en medio al espacio,  
y rebotando en las breñas,  
rodó como una avalancha  
hasta hundirse en el Bernesga.  
.....

-Ya estamos de más aquí-  
exclamó Fuentencalada  
al penetrar nuevamente  
donde sus gentes le aguardan.  
La noche nos favorece  
por lo oscura, camaradas;  
los caballos nos esperan,  
y es muy larga la jornada.  
En marcha, pues, mis lebreles;  
que el plazo cumple mañana,  
y es fuerza no reposar  
hasta llegar a Milmanda.

Y la legión de bandidos  
a quien don Pedro avasalla,  
fiel a su voz imperiosa,  
abandonó aquella estancia.  
Oyóse a poco un relincho  
y el estrépito que causan  
doce potros al galope  
que por la montaña bajan;  
luego el ruido que producen  
al atravesar las aguas  
del Bernesga; luego un grito  
penetrante, y luego nada  
más que el son de la tormenta  
y el trueno que ronco estalla,  
a tiempo que del relámpago

a la luz intensa y cárdena  
se mira una sombra que huye  
vacilante, incierta y vaga,  
por el camino que siguen  
don Pedro Fuentencalada  
y su gavilla, compuesta  
de sus once camaradas.

#### IV

Silba en tanto en los cristales  
del castillo de Milmanda  
el viento, que en sus almenas  
azota con ronco son,  
y crece el agua en su foso  
hasta lamer la baranda  
del puente, cuyas cadenas  
penden desde el murallón.

La noche cubre del valle  
los horizontes estrechos:  
hay en las sombras acechos  
felinos, de tigre audaz.  
Todo reposa; tan sólo  
se escucha cómo desmaya  
el clamor del atalaya  
que anuncia: «¡Dormid en paz!»

¡Dormir! Dichoso el que siente  
en lecho de áureo palacio  
ese grito en el espacio  
lánguidamente morir  
sin que, desvelado, insomne  
por el dolor, el oído  
pueda escuchar repetido  
ese eco otra vez gemir.

Dichoso el mortal que en sueños,  
sana y libre su conciencia,  
de ese acento la cadencia  
en otro mundo escuchó,  
donde el alma dulcemente  
reposa alegre y tranquila,  
cuando sobre la pupila  
el párpado resbaló...

¡Cuán dulces son y encantadas  
las breves horas del sueño!  
¡Qué espacio tan halagüeño  
llega el espíritu a ver  
cuando, inerte la materia  
que le atrofia y esclaviza,  
fugitivo se desliza  
lo infinito a recorrer!

Dueño entonces absoluto  
de su imperio detentado,  
cual sultán que destronado  
regresa al perdido harén,  
así feliz el espíritu  
hacia su patria se lanza  
por regiones de esperanza,  
en ansias de amor y bien.

Y allí admira las florestas,  
cuyas plantas olorosas  
crecen lozanas y hermosas  
en un perenne verdor,  
y las bullidoras fuentes  
de aguas puras, cristalinas,  
donde saltan las ondinas  
de su corriente al rumor;

y los jardines poblados  
de dalias y de azucenas,  
de violetas y verbenas,  
de fragancia sin igual,  
y los nópalos, que crecen  
entre los céspedes suaves,  
donde preludian las aves  
su cántico matinal;

y los palacios, colgados  
de fantásticos doseles,  
cuyos altos capiteles  
piérdense en su cielo azul,  
y en sus mágicos salones  
bajo bóvedas de oro,  
vírgenes cantando a coro,  
veladas en blanco tul.

Todo cuando en su delirio  
puede ver la fantasía  
de espléndido en la armonía  
de armonioso en la ilusión,  
todo en rápido vuelo  
lo mira el alma extasiada  
mientras duerme fatigada  
la materia en su abyección.

¡Sí! Dulces son y encantadas  
las breves horas del sueño;  
mas, ¡ay!, de mortal beleño  
para el que velando está,  
la conciencia torturada  
por recuerdos de amargura,  
crímenes que en guerra dura  
tienen al alma quizá.

Tal don Ramiro que, loco,  
sobre su lecho se agita,  
lleno de angustia infinita  
y de cobarde terror;  
tal don Ramiro, que clava  
sus turbios ojos con ira  
en una sombra que gira  
de su lecho en derredor.

Sombra, sí, cuya amarilla  
mano, flaca y descarnada,  
va extendiéndose crispada  
poco a poco hasta su faz,  
como si en ella quisiera  
descifrar oculto enigma  
o imprimir algún estigma  
de deshonra pertinaz.

Sombra loca, vengativa,  
que cual burbuja aparece  
y se hincha de pronto y crece,  
haciéndole estremecer,  
hasta que revienta en risas  
de sonido funerario,  
como el que del hondo osario  
arranca un cuerpo al caer;

que modula a sus oídos

blasfemias y maldiciones,  
y entona impías canciones  
con sordo acento infernal,  
ya postrándose de hinojos  
de don Ramiro en el lecho,  
ya atormentándole el pecho  
bajo su planta brutal;

que se arrastra por las losas  
rabiosa y enfurecida,  
o levanta removida  
ceniza vana su pie,  
y difunde por la estancia  
claridad amarillenta,  
a cuya luz macilenta  
su angustiada faz se ve.

Faz sin formas ni contornos,  
carcomida, esqueletada,  
lívida, despestañada, s  
in expresión ni color,  
y a cuyo mondado cráneo,  
como lisa calabaza,  
una corona se enlaza  
con fatídico primor...

Corona que nada arguye  
de su esplendor fenecido,  
hierro viejo, enmohecido,  
corona que fue de rey,  
cuando en rubíes engastada  
y en piedras de gran valía,  
un monarca la ceñía  
cuya voluntad fue ley.

¡Oh! Y esta sombra es su sombra;  
la sombra de aquel guerrero  
que al dar su aliento postrero  
pidió al Señor, al morir,  
la gracia de aparecerse  
al que traidor le vendiera,  
y hoy viene a su cabecera  
la atroz venganza a cumplir.

¡Sí, esta es la sombra angustiada  
del rey que ingrato privado

vendió herido y maniatado  
al de León, Santarén,  
a cambio de las caricias  
de una esposa noble y bella,  
tras cuya rápida huella  
queda una sombra también!

Y don Ramiro se espanta;  
y en su dolor inhumano,  
quiere apartar con la mano  
aquel fantasma de sí;  
pero, inútil su porfía  
y estériles sus antojos,  
adonde vuelve los ojos  
la sombra se encuentra allí...

Y ya en su lenta agonía,  
rabioso, desesperado,  
va a gritar desalentado  
en demanda de favor,  
cuando siente con fiereza  
comprimida su garganta  
y un acento que le espanta  
y le llena de terror.

Súbito entonces sus ojos  
miraron desvanecerse  
las visiones y perderse  
de su lecho en el dosel,  
como fugaz pesadilla  
de desolada quimera,  
tras de la cual nos espera  
una verdad más cruel...

Y es que el plazo ha terminado,  
y al terminar su jornada,  
don Pedro Fuentencalada  
en Milmanda se encontró,  
y tras una breve lucha  
con las gentes del castillo,  
tinto en sangre su cuchillo  
por su puertas penetró.

Dejó en los patios su gente  
al amor de grata lumbre,  
y mandó a la servidumbre

del castillo aprisionar;  
y con grave y firme planta,  
sin que nada le recele,  
llegó al fin a donde suele  
el de Acosta reposar.

Rápido bajó el embozo  
del bien cumplido tabardo;  
se adelantó con pie tardo  
y al noble altivo miró.  
Guardó silencio un instante  
y con voz enronquecida,  
así con el regicida  
estas palabras cambió:

DON PEDRO.  
¿Conocéisme, don Ramiro?

DON RAMIRO.  
¡No os conozco!

DON PEDRO.  
¡Cosa rara!  
A mí, en cambio, me bastara  
oír vuestra voz fatal  
para teneros al punto  
por el ingrato valido  
del señor rey fenecido  
Alfonso de Portugal.

DON RAMIRO.  
¡Infierno! ¿Quién sois?

DON PEDRO.  
No es hora  
de revelároslo, acaso;  
antes, por ser muy del caso,  
una historia os narraré,  
para que brote el recuerdo  
más presto en vuestra memoria:  
es una historia esta historia  
que no olvidáis ni olvidé.

Tras cuyas breves palabras,  
calló don Pedro un momento,  
y osado tomando asiento

en un cómodo sitio,  
comenzó de esta manera  
la narración que anunciara,  
mas no sin que antes cuidara  
de requerir su puñal.

V

«Corren de mayo los postreros días  
y es una tarde de serenas auras;  
la fresca primavera en su apogeo,  
de verde mirto y rosa engalanada,  
opulenta en sonrisas, los vergeles,  
los bosques y las selvas visitaba.

Iba a cumplir el sol en Occidente  
su cotidiano exilio; con él marchan  
la luz y la armonía, sobre alfombras  
de nubes de carmín y de esmeralda.  
Regio proscrito, el paso detenía  
al columbrar las últimas montañas,  
suspiró con las auras gemidoras,  
tendió al espacio la postrer mirada,  
y al ver la luna enseñorearse alegre  
sobre el cenit, donde moró su alcázar,  
agitó sus melenas fulgurantes,  
mandó un adiós a su perdida patria,  
y con rápido paso huyó iracundo  
allá en el mar a sumergir sus lágrimas...

Iluminan tan solo el firmamento  
tibios rayos de luz amortiguada  
entre la débil sombra confundidos  
de una noche tranquila que avanzaba,  
cuando, por una senda que al viajero  
conduce a Badajoz, se destacaban  
negros bultos informes, movedizos,  
como de muchas gentes que cabalgan,  
ronco son de atambores y clarines  
que en ecos penetrantes se dilata,  
y el acerado brillo que producen  
yelmos, escudos, picas, cotas y hachas.

Eran gentes de guerra, a crudas lides  
y en cien y más combates adiestradas,



gente ruda y salvaje cual las rocas  
que el padre Tajo con sus ondas baña;  
eran los dignos hijos de Viriato,  
que cuentan por victorias sus batallas,  
y entre los que nacisteis, don Ramiro,  
como para negar sus prendas altas.  
Ávido de conquistas, don Alfonso,  
rey de los portugueses, caminaba  
sobre un caballo indómito, delante  
de sus guerreras huestes y bizarras.

Caminaba sereno, denodado,  
esculpido el valor en la mirada,  
de ensanchar sus dominios codicioso  
tal vez acariciando la esperanza.  
Vos erais su valido, y a su lado  
don Alfonso un lugar os dispensaba;  
que sin vuestro consejo y vuestra venia  
no excita al enemigo ni le ataca.

Cesó el clarín; al rayo de la luna  
destacáronse ya, no muy lejanas,  
de Badajoz las torres, cuyos muros  
iban a ser testigos de una infamia.  
Acamparon las huestes, y entre tanto  
que las perdidas fuerzas reparaban  
con un breve descanso, don Alfonso  
trazó, selló y os entregó una carta.

-Id - os dijo después-, id, don Ramiro,  
a saludar al rey de aquesa plaza,  
y decidle que un rey tan poderoso  
como el rey de León aquí le aguarda;  
decidle cómo vengo en son de guerra,  
de estos grandes dominios en demanda,  
y cómo están dispuestos mis soldados  
a morir por el triunfo de mi causa.  
En ese pergamino le encomiendo  
la razón que me asiste a esta jornada.

Vos partisteis ligero como el rayo;  
quien viera vuestro gozo, no dudara  
que erais vos de este reto el responsable,  
trama por vos urdida y preparada.  
Vacilando entre el miedo y la avaricia,  
llegasteis presto al castellano alcázar;

hablasteis con el rey, que, deferente,  
os hizo grande honor, y al leer la carta  
quizá su corazón latió violento,  
tal vez su hermosa frente se anublaba...

No es un temor cobarde, no es el miedo  
a sostener la lid lo que le espanta:  
¡no hubo jamás cobardes en Castilla!  
Lo que al rey don Fernando le aterraba  
era pedir al portugués un plazo  
para entablar la lucha provocada.

Mas ¿qué hacer, si sus tropas valerosas,  
sus fuertes caballeros y mesnadas  
derramaban su sangre en suelo extraño,  
de la justicia y del honor en aras?

Y abrumado su reino por contiendas  
y discordias civiles, amagada  
su corona y a guerra apercebido  
por las fuerzas que manda el de Navarra,  
¿cómo podrá luchar? ¿De qué manera  
probar esfuerzo ni reñir batalla?

¡Ay! A tales preguntas don Fernando  
sobre el pecho la frente doblegaba  
y «¡Rendirme! ¡Oh, jamás!», en sordo acento  
sus balbucientes labios murmuraban...  
Vos comprendisteis bien cuánto sufría  
su noble corazón, y vuestra audacia  
nunca pudiera ser tan oportuna  
como dándole al triste una esperanza  
en medio de inquietudes tan horribles,  
tantos crudos temores y asechanzas.  
¡Y esa esperanza se la disteis: bella  
y halagadora, mas cobarde y falsa!

¿Vais haciendo memoria, don Ramiro,  
cúya es la voz que tan altiva os habla?  
Mas dejad que prosiga; queda poco,  
y es lo mejor del cuento lo que falta.

Entre las damas nobles de la corte  
de don Fernando de León, llevaba  
la palma en donosura y gentileza  
su hermana doña Elvira, de bastarda

cuna; mas, para vos, solo que fuese  
de progenie de reyes os bastaba.

Visteis a doña Elvira, y al fijaros  
en la lánguida luz de su mirada,  
al ver aquellos labios purpurinos,  
gloria del caballero que la amaba  
(porque la amaba un hombre), vos sentisteis  
la codicia infernal dentro del alma,  
pasión la más innoble y más funesta  
de cuantas tejen la miseria humana.

Cuando ya la codiciosa se apodera  
de nuestro corazón, como la llama  
de un incendio voraz, nada es bastante  
a vencerla, extinguirla ni amenguarla,  
y en vos esta codicia, de tal suerte,  
con tanta rapidez se propagaba,  
que aquella misma noche decidisteis  
en doña Elvira, la infeliz, saciarla.

Meditado era el plan, sin duda alguna,  
que ibais a ejecutar para logralla;  
de otro modo jamás conseguiríais  
del buen rey de León la fiel palabra  
de daros por esposa a doña Elvira,  
que allí en solemne voto os fue empeñada.

Mas ¿a qué proseguir? ¡Sólo al recuerdo  
de aquella noche maldecida, estalla  
mi corazón de cólera y quisiera  
morir, por no penar al recordarla!  
Tres horas de secretas confidencias,  
llamado a engaño, os dispensó el monarca.  
¡Tres horas de traición! ¡Ah, don Ramiro,  
que las paredes al traidor delatan!...

Y aquella misma noche en matrimonio  
la pobre doña Elvira os fue entregada;  
sus quejas, sus gemidos, sus protestas,  
no fueron atendidas ni escuchadas.  
Tranquilo quedó el rey; vos, complacido,  
os alejasteis de la regia estancia,  
y a merced de las sombras, discurriendo  
por calles tortuosas, solitarias,  
llegasteis a una casa y penetrasteis.

Iba con vos la sin ventura dama,  
llagado el corazón, pálido el rostro,  
anegados los párpados en lágrimas...

¡Oh! En aquella mansión aborrecida,  
de la que restan hoy cenizas pardas,  
pues a cenizas convirtióla luego  
de un famoso ladrón la mano airada,  
fue vuestra doña Elvira; pero ¡nunca,  
nunca su amor fue vuestro! Allí encerrada  
algún tiempo quedó, y allí ha sufrido,  
¡ah, sabe Dios cuánto sufrió su alma!

Era alta noche cuando salisteis  
de aquel negro recinto; caminabais  
pálido como un muerto, cabizbajo,  
torvo, como una sombra condenada;  
un hombre os perseguía silencioso,  
y al veros alejar, cortó distancia  
y de pronto os paró. -¿Quién sois?-dijisteis  
al verle frente a vos como una estatua-;  
pero mudo aquel hombre, sin oídos,  
con sonrisa satánica os miraba.

-Fui noble-os dijo al fin-; fui caballero  
de hidalga cuna y condición hidalga;  
jamás con sangre de villana gente,  
regué la tierra ni manché mi espada,  
y por eso, sin duda, en este instante  
no la hundo hasta el pomo en tus entrañas.  
Fui caballero, sí; mas desde ahora  
no puedo serlo ya, porque me falta  
mi numen protector, el ángel puro  
que por nobles veredas me guiaba.

No puedo serlo ya, porque he perdido  
cuando fuera mi orgullo y mi esperanza,  
cuanto diera valor a mis acciones  
y altivos pensamientos me inspirara.  
¡Tú, lusitano vil, tú eres tan sólo  
el que en la senda criminal me lanza,  
donde el recuerdo de mi bien perdido  
no vuelva más a conturbar mi alma!  
¡Que el rayo de la cólera divina,  
al castigar mi bárbara venganza,  
abra también, inexorable y justo,

en tu conciencia ruin, eterna llaga!

Así os habló aquel hombre; sus pupilas  
chispas de fuego del infierno exhalan  
al girar en la órbita, y su acento  
como una tempestad retumba y brama.  
-¡Perdón, perdón!-clamasteis al oírle-.  
¡Perdón!...-. Y en tierra la rodilla hincada,  
perdón mil veces con temor cobarde  
del hombre aquel, doliente demandabais.

Movido acaso a compasión, no quiso  
con vuestra sangre deshonrar su espada,  
y en pedazos quebrándola, arrojóla  
lejos de sí con iracunda saña.  
-Mientras fui noble-dijo-me serviste;  
hoy fueras para mí pesada carga;  
y pues como hasta hoy no quiere el hado  
vayas pendiente de cintura honrada,  
quédate a la ventura, espada mía,  
que a un bandolero su puñal le basta.  
.....

Vos, en tanto, de hinojos, suplicante,  
no cesabais un punto en pedir gracia;  
gracia para una vida que iba a seros  
con eternos dolores prolongada.  
¡Cuánto mejor os fuera, don Ramiro,  
morir entonces! ¡Oh, cuántas desgracias  
y cuánta expiación, cuánto martirio,  
matándoos aquel hombre os evitara!

Mas no quiso arrancaros la existencia,  
que fuera poco cebo a su venganza.  
¡Era preciso que llegase un día  
en que vuestra conciencia despertara,  
y al mirar vuestros crímenes, quisierais  
de vos mismo escapar, y no encontrarais  
asilo ni en la tierra ni en el cielo,  
ni allí ni aquí perdón a vuestras faltas,  
p,s'- ni clemencia ante Dios ni ante los hombres,  
ni al pie del confesor ni al pie del ara!

-¡Miserable, no tiembles! Yo no tengo  
sed de sangre traidora; vive, pasa  
los días que te restan entregado

en brazos de esa virgen desgraciada  
a la que tanto amé. ¡Negra es tu estrella  
cuando le inspiras a un bandido lástima!

Mas oye, lusitano: si algún día  
esa hermosa mujer que me arrebatas  
llega a sentirse madre y no son monstruos  
los hijos que te dé, como de raza  
lo heredarán por ti, yo, desde ahora,  
te exijo donación formal y clara,  
dentro del plazo fijo de quince años,  
de hembra o varón, el que primero nazca.

Varón, le haré maestro en el pillaje:  
matará, robará por las comarcas,  
como yo robará desesperado,  
y cuando mire la segur cercana  
y próximo mi fin, por toda herencia  
le haré depositario de mi fama.  
Hembra, con ella partiré hermanado  
mis riquezas espléndidas robadas;  
presentes de magníficas preseas,  
diamantes y oro llevaré a sus plantas.

Por ella, en las ermitas del contorno,  
desnudaré las Vírgenes sagradas,  
y sus fúlgidos mantos y diademas  
de rubíes, de amatistas y esmeraldas,  
adornarán sus hombros y sus sienes  
para, al verla tan célica, adorarla.  
No más quiero de ti; jura cumplirme  
este postrer anhelo que afianza  
la vida que te doy. Y por que tengas  
una memoria mía mientras vayas  
la existencia arrastrando por la tierra,  
escúchame otra vez. Cuando tú hablabas  
con el rey don Fernando, yo te oía  
a un tiempo mismo con placer y rabia.

Sé que quieres matar a don Alfonso  
de Portugal, tu rey, cuya privanza  
te concedió en mal hora; sé que luchas,  
empero, con temores que te espantan  
y te hacen vacilar; mas persevera  
en tu proyecto vil, no temas nada.  
De todo triunfarás; nadie en la tierra

quedará que conozca tus infamias;  
nadie podrá mofarte, ni tu crimen  
para eterno baldón echarte en cara.

¡Mi cuchillo abrirá tremenda herida  
del que tanto se atreva en la garganta,  
y no hay vereda sobre el haz del mundo  
que para perseguirle no trillara!  
Ve, pues, junto a tu rey, traidor valido;  
dile que Badajoz le espera en armas,  
y cuando por sus puertas victorioso  
intente penetrar, yo haré que caiga  
al suelo con dolor, bañado en sangre.  
Corre, corre a su tienda de campaña  
antes que el alba luzca, y en su frente  
el ósculo de Judas ve y estampa...

Y el bandido calló; vos le escuchasteis  
con agrado tal vez. Cuanto él hablara,  
si en el fondo era horrible, por lo menos  
vuestros viles instintos halagaba.  
Aquella misma noche, don Alfonso  
penetró en Badajoz; su estrella aciaga  
lo quiso así, para que ejemplo fuera  
en su dolor a cándidos monarcas.

Y cuando sus banderas en los muros  
de Badajoz, la invicta, tremolaban;  
cuando, ufano, entre músicas y vítores,  
al aposento real se encaminaba,  
súbito de su potro rodó en tierra.  
Una flecha, de lejos disparada,  
atravesó su muslo, y muerto acaso  
creyéndole sus huestes, aterradas,

«¡Traición, traición!», clamaron. Cunde entonces  
por toda la ciudad grito de alarma,  
despiertan sus tranquilos habitantes,  
y al mirar en peligro sus moradas,  
la santa paz en que hasta allí vivieran  
por extranjera furia amenazada,  
claman también: «¡Traición!» Y a sus acentos  
ruedan peñascos por el aire, saltan  
aceros por doquier, y suenan quejas,  
y se abren yelmos y se rompen lanzas...

Sangrienta fue la lucha, pero al cabo  
logró su triunfo el santo amor de patria,  
sentimiento divino que engrandece  
el alma de los pueblos y les marca  
en el eterno libro de la Historia  
un premio de inmortales alabanzas.

Prisionero en poder del castellano  
don Alfonso quedó. ¡Con cuántas lágrimas  
humedeció su lecho de dolores  
al conocer vuestra traición villana!  
Su noble vencedor, siempre a su lado,  
con palabras de amor le consolaba;  
pero ni sus palabras ni consuelos  
eran bastantes a curar la llaga  
que abrió en su pecho la perfidia horrible  
del ingrato valido a quien amara.  
No eran bastantes, no; solo la muerte  
por término a sus males esperaba,  
porque solo en la muerte está el remedio  
para quien tiene traspasada el alma.

Mas antes de morir, a don Fernando  
rogó con grande afán que os perdonara,  
y proscrito os lanzara de su reino,  
por única expiación a vuestra infamia.  
Ambos reyes en ello convinieron,  
y errante, sin reposo, hogar ni patria,  
con la desventurada doña Elvira  
llegasteis a estas rocas solitarias,  
donde os abandonó, por ir en busca  
del premio que los mártires alcanzan...

¡Ay! ¡Pobre doña Elvira! Tú has sufrido  
como jamás sufrió criatura humana;  
mas si llevaste al Cielo la memoria  
de tu primer amante, aquellas gratas  
horas de dulces besos e inocentes  
tiernos halagos y caricias castas;  
si no pudo la muerte en el olvido  
hundir tantos recuerdos, y a la santa  
mansión de los querubes, donde moras,  
llega el eco mortal de mi plegaria,  
¡perdona, doña Elvira, al que tu nombre  
quiso borrar con sangre de su alma;  
al que te vio perdida, y en el crimen



creyó encontrar consuelo a su desgracia!

.....

A poco tiempo de esto, don Alfonso dejaba de existir. Cuando expiraba, rogó al Señor le concediese un plazo para venir a veros a Milmanda en espíritu y cuerpo, y de este modo hacer que conocieseis vuestra faltas y alcanzar para vos misericordia en la región de la divina gracia.

En tanto, el bandolero, deplorando la ruindad de las flechas de su aljaba, fugitivo por ásperas veredas, ora salvando valles o montañas, huía de la luz y de las gentes que a gritos su cabeza pregonaban.

Cansado estaba ya de esta existencia, cuando plugo a su suerte que encontrara una tarde de enero once truhanes de mala vida y pérfidas entrañas. Trabó con ellos amistad profunda; si tímido al principio se mostrara, hizo temerse pronto, y desde entonces todos a sus mandatos se inclinaban.

Capitán de gavilla, vio quince años de su vida pasar, con la esperanza de visitaros hoy...; y hoy, don Ramiro, que ya aquel plazo de expirar acaba, viene a exigir de vos, dispuesto a todo, el cumplimiento fiel de una palabra... ¡Señor de Santarén, aquel bandido, de vos tan sólo una respuesta aguarda!...»

## VI

Dijo don Pedro, y alzando altivo la osada frente, su pupila irreverente en don Ramiro clavó; y al resplandor que una lámpara por todo el ámbito vierte,

la palidez de la muerte  
en su semblante miró.

Amarillentos los labios,  
sarcásticos, contraídos,  
los ojos entumecidos  
con vidriosa brillantez;  
como cuévanos las sienas,  
la pestaña entrecerrada,  
la mejilla descarnada,  
descolorida la tez...

Con afán y sobresalto  
don Pedro llegó hasta el lecho  
y una mano sobre el pecho  
de don Ramiro posó;  
mas al ver que ya no late  
su corazón frío y yerto,  
dijo: -¡Desdichado, ha muerto!  
¡Su conciencia le mató!  
¡La Conciencia! ¡Y hay quien duda  
de la existencia del alma,  
morando ese *quid divinum*  
en nuestro mísero ser!  
¿Por qué el criminal entonces  
vive sin paz y sin calma  
y le atormenta el recuerdo  
de sus víctimas de ayer?

¿Por qué ha de sentir el hombre,  
si en él, como en una roca,  
no deja impresión alguna  
la brisa ni el huracán?  
¿Qué fuerza del mal le aleja?  
¿Qué fuerza al bien le provoca  
y a la perfección le impele  
con inextinguible afán?

¿Tú sólo, Conciencia, azote  
del reo, del justo palma,  
estrella polar del alma  
que eterna gira hacia ti?  
¡Tú sólo! Y cuando te niega  
el humano entendimiento  
tú, con remordimiento  
le respondes: «¡Heme aquí!»

Confuso quedó don Pedro  
junto al lecho mortuario,  
el pensamiento sumido  
en honda meditación,  
admirando de la vida  
lo fugaz y transitorio  
y sintiendo en su conciencia  
un dulce afán de perdón.

Entonces vio deslizarse  
toda su vida pasada,  
en el crimen malgastada,  
carcomida de pesar,  
y anhelaba una existencia  
para el resto de sus días  
de esas santas alegrías  
que suele el amor brindar.

Y paraba la memoria  
en su doña Elvira amada,  
dirigiendo una mirada  
al cielo, que a buscar fue;  
pero un imán poderoso  
que a su pupila se aferra,  
le hace mirar a la tierra  
con más ahínco y más fe.

Y es que doña Dulce llora  
su orfandad y desconsuelo  
sobre el helado cadáver  
del que su padre llamó.  
-¡Padre, padre mío!- exclama.  
¡Me dejas sola en el suelo!  
¿Me dejas sola, mi padre,  
y no he de morir yo?

¡Pobre niña, condenada  
antes ya de que nacieras  
a vivir sacrificada  
de una traición al poder,  
de tu pena a la amargura  
paz ni alivio en vano esperas!  
¡Ni consuelo, ni ventura,  
ni descanso has de tener!

Llora, doña Dulce bella;  
llora, doña Dulce, llora,  
porque don Pedro te adora  
desde que tu faz miró...  
¡Triste herencia de tu madre,  
su hermosura fue tu ornato,  
y él, que vio en ti su retrato,  
como a tu madre te amó!

## LIBRO SEGUNDO

### AMOR

#### I

¡Hombres, amad! El pájaro en su nido,  
el silfo en su hoja, en su rincón la araña,  
el pez entre las ondas sumergido,  
en su cubil salvaje la alimaña  
se estremecen de amor... Vivida hoguera,  
de irresistible llama abrasadora,  
con que el divino aliento alumbró el caos,  
su resplandor eterno reverbera,  
antorcha inextinguible  
de la creación sobre la ingente esfera  
y alma de todo ser, germen fecundo  
de cuanto el sol colora,  
desde el hombre al insecto, anima y dora  
cuanto el espacio abarca y puebla el mundo.

¡Amad, mujeres! Las que en áureo cáliz  
el néctar apuráis de la amargura;  
las que, faltas de dicha y de ventura,  
tras íntima congoja  
visteis de la ilusión la flor querida,  
en yertos desengaños convertida,  
mustia al suelo al rodar, hoja por hoja.  
¡Oh! Amad, sí, que el amor es el rocío  
de las flores del alma, es el aliento  
restaurador del apagado brío,  
voz que imprime al cadáver movimiento,  
que enciende el sol y músicas da al río...  
Sentimiento sublime,  
ángel de leves, luminosas alas,

él al esclavo corazón redime,  
y al pecho torna, que desierto gime,  
perdidas pompas y marchitas galas.

.....

Sobre el sepulcro infando  
que a don Ramiro muerto recogía,  
doña Dulce lloró, quizá ignorando  
que el llanto que vertía  
jugo a un amor exótico daría.  
Lloró; pero sus lágrimas acerbas,  
que en nube vaporosa  
de arrebol encantado y peregrino  
tibias bañaron la pesada losa  
del valido traidor, lágrimas fueron  
que de don Pedro al beso se templaron  
y en un cielo rosa se perdieron.

Amaba ya. La desgarrada pena  
que de la muerte el rayo dejó en su alma,  
el temor a una vida  
por hondas tempestades combatida,  
sin esperanza de consuelo y calma,  
todo pasó, del ceguezuelo niño  
a la sonrisa de atractivos llena;  
todo pasó, porque brotó serena,  
tintas prestando al seductor armiño  
del rostro de la virgen, hechicero,  
la aurora en su alma del amor primero.

Amaba y era amada,  
y era feliz y venturosa era,  
tan feliz como un ave enamorada  
serlo tal vez pudiera,  
si a su canción divina no se uniera  
la queja de dolor desgarradora  
que sin querer del pecho se desprende  
cuando sus senos hiende  
la flecha de la duda matadora.

Y es que la pobre niña,  
en medio de la fe con que adoraba  
al hombre que, rendido,  
lleno de amor, amores la juraba,  
allá en el fondo de su ser sentía,

acaso sin saber de qué emanaba,  
un supremo dolor, una agonía,  
un martirio tan íntimo y tan lento,  
que como un pertinaz presentimiento,  
perturbaba sus horas de alegría.  
Pero ¿quién de la orgía,  
entre el jovial bullicio, no disfraza  
la lágrima importuna que brotando  
al calor de una idea pavorosa  
de aquel lugar ajena,  
nace a ser del contento la amenaza?  
¿Quién el impulso entonces no refrena  
del corazón que sufre, y de la taza  
al apurar la libación sabrosa,  
embotado el espíritu y beodo,  
olvidado de sí, no olvida todo?...

El lenguaje tiernísimo y galano  
que impregnado de fresca poesía  
empleaba el bandido castellano  
cuando a su amante leal se dirigía  
embriagó de tal modo a doña Dulce,  
que la que antes celosa  
por vagas sombras se sintió turbada,  
tranquila ya, reposa  
de don Pedro en las frases confiada.

Y en semejante estado  
forjó su mente un porvenir risueño,  
y hacia él marchó, latiendo acelerado  
su corazón en amoroso ensueño.  
Que así el corazón late  
cuando, principio a nuestras dichas todas,  
espera el alma, en matador combate,  
la luz que ha de alumbrar en nuestras bodas;  
y así sueña la mente enardecida  
cuando, de la esperanza posesora,  
quiere animar con movimiento y vida  
el ideal fantasma que atesora.

Espléndido, radiante,  
un día se alzó el sol: era la hora  
en que el pájaro errante  
posa en la verde rama y se cimbreo  
al compás de su armónica y sonora,  
blanda canción que el ánimo recrea.

La alborada moría  
como cándida virgen que abandona  
sus juegos en la cuna, y a su frente  
espléndida corona  
la luz del sol magnífico ceñía.  
Murmuraba el arroyo allá en la vega,  
entreabrían las rosas su capullo  
al beso de su linfa que las riega,  
y al delicioso arrullo  
de la plácida brisa contestaba  
la paloma, que atenta le escuchaba.  
Trémulas gotas de vital rocío  
esfaltaban de chispas de topacio  
las copas de los árboles azules,  
y en la extensión quietísima del río  
reflejaban su púrpura los cielos,  
sobre él alzando sus rojizos tules...

Pero, lector, si te place,  
cambemos de tono; basta  
lo dicho para advertirte  
que en una hermosa mañana,  
y en un patio, por más señas,  
del castillo de Milmanda,  
los cofrades de don Pedro  
juntos así platicaban:  
-¡Cuán rápido el tiempo vuela!  
-decía uno de ellos-. Ya pasa  
de un año, según entiendo,  
que por sendas ignoradas,  
en noche lóbrega y negra,  
saltando breñas y zanjas,  
a guisa de renegados  
llegamos a esta comarca.  
¡Noche memorable! ¡En ella,  
para siempre sepultada,  
quedó toda una existencia  
de gloria, poder y hazañas!  
¡Ah, si pudiera mi mano  
cortar al tiempo las alas  
y alcanzar aquellos días  
que hoy solo la mente alcanza!...

¡Ser libres como los vientos  
que bajan de las montañas  
a poner freno al torrente

y espanto en las caravanas!  
¡Dormir vecino a las nubes  
el breve sueño del águila,  
y cual ella, todo un mundo  
dominar bajo las garras!  
¡Tener un puñal a prueba  
de férreas cotas de malla,  
temido en villas y aldeas,  
en palacios y cabañas!  
¡Soñar riquezas y rico  
despertar por la mañana!...

¡Oh, si en mi mano estuviera  
cortar al tiempo las alas!...  
-Bien decís-repuso entonces  
otro de sus camaradas-;  
mas no recordemos glorias  
de nuestra vida pasada,  
que, si son muchas, son más  
os crímenes que la empañan;  
y pues don Pedro este día  
con doña Dulce se enlaza,  
sepamos si hay de vosotros  
quien el enigma deshaga  
de esa unión, cuyo misterio  
mi torpe razón no alcanza.

-En grave riesgo ponéis,  
hermano, la noble fama  
de nuestro buen capitán  
con vuestra justa demanda;  
pues para satisfacerla  
según de suyo reclama,  
pienso ha de ser menester,  
lejos de hacerlo alabanza,  
motejarle de traidor  
y de condición ingrata.

-Duro andáis, ¡por vida mía!  
-Sí, a fe, y me pesa en el alma,  
que a tal extremo me lleva  
justicia, sí, no arrogancia;  
y si en boca aventurera  
no es especie aventurada,  
de traidor y de cobarde  
cargos le haré que le manchan.

-En buen hora eso digáis



si en testimonios se basa;  
mas si de ellos carecéis,  
calláraislo noramala.  
-Tantos son y de tal suerte,  
que por sí solos bastaran  
para colgarle del cuello  
en la más alta atalaya.

Y esto al decir el bandido  
con voz arrogante y clara,  
oyóse un fiero murmullo  
entre los que le escuchaban,  
y todos le rodearon  
por no perder sus palabras,  
mirándole ferozmente  
y en ademán de amenaza.

-No, a la fe, no me intimidan  
vuestras sañudas miradas;  
probaros he con razones  
cuanto mi lengua arriesgara;  
que yo le tengo a don Pedro  
en grande estima, y no embarga  
cuanto decir me propongo  
prendas en él muy preciadas.  
Yo no pretendo quitarle  
valor, fiereza y pujanza,  
que estas son dotes que en él  
nadie pudiera negarlas.

Mas si don Pedro no fuese  
traidor, sin fe ni constancia,  
¿a qué abandonar la senda  
en que alcanzó gloria tanta?  
¿Por qué, pues en él creímos,  
burló nuestras esperanzas,  
cuando riquezas sin cuento  
la suerte nos deparaba?  
¿A qué dejar una tierra  
do tanto nombre lograra,  
do tanto espacio tenía  
su eterna sed de venganza,  
por este rincón breñoso  
de la más pobre comarca?

¡Qué! ¿No es traición el perjurio?

Y cuando a nuestra compañía  
llegó, de olvidar ganoso  
amores que le amargaban,  
¿no juró, puesta la mano  
sobre la cruz de su daga,  
ser fiel a nuestro instituto  
y defender nuestra causa?  
-¡Lo juró y lo satisfizo!  
-No es verdad. ¿Qué en esta casa  
hacemos, pues? -Lo que cumple  
a nuestro jefe, y os basta.  
-¡Donosa argucia!... De suerte  
que, si le antoja, mañana,  
peregrinando tras él,  
iremos a la Tebaida.  
-¡Quizá no es otro el camino  
que nuestra estrella nos marca!  
Y en este punto debiera  
ser vuestra lengua más cauta,  
pues si en la tierra se purgan  
de algún modo nuestras faltas,  
muchas habéis, y muy grandes,  
que penitencia os reclaman;  
aparte de que no es cuerdo  
hacer alarde ni gala  
de conocer el destino  
que el porvenir nos depara.  
-Ello podrá ser así,  
mas si al destino se achaca  
cuanto acontece a los hombres  
que, al fin, a su impulso marchan,  
de más están esas leyes  
que a cuenta y juicio nos llaman;  
pues si el destino es quien yerra,  
¿cómo es el hombre quien paga?  
¡Bah! No me habléis del destino...  
¿Será el destino el que manda  
también ligar a don Pedro  
con doña Dulce ante el ara?  
-Tal pienso yo. -Entonces digo  
que no hay en la tierra nada  
que del orden regular  
y de lo justo se salga.  
Y pues don Pedro no ha sido  
traidor, decid, por mi ánima,  
si es cobarde o no quien huye

a la Justicia la cara;  
si es cobarde o no quien llega  
perseguido a las montañas  
de León, y allí refugio  
una mujer le depara:  
mujer que parte con él  
su pan, que vierte en su alma  
consuelos, que trueca en horas  
de amor sus horas amargas,  
que le hace olvidar, por último,  
sus desventuras pasadas;  
y tras de tanto cariño  
y tras de mercedes tantas,  
la abandona, la mancilla,  
y como si aún no bastara  
tanta ingratitud, la hiere  
cuando lleva en sus entrañas  
el fruto de sus amores,  
y cosida a puñaladas,  
del impetuoso Bernesga  
la precipita en las aguas...  
¡Por Cristo, que si cobarde  
no fuese quien tal infamia  
consume en una mujer,  
de monstruo se le tachara!

Y los que le oyeran antes  
como a guisa de amenaza,  
heridos por el recuerdo  
que aquella escena evocaba,  
depusieron poco a poco  
la ira de sus miradas,  
y pensativos y tristes  
la narración les tornaba.  
-Razón os sobra- repuso,  
por fin, el que antes tomara  
la defensa de don Pedro,  
con tono de pena amarga-;  
razón tenéis en verdad,  
y no pudiera negárosla  
quien, como vos, presencié  
tan duro y sangriento drama.  
Mas debéis tener en cuenta,  
si justo ser os agrada,  
cual conviene a quien se erige  
en juez de ajena causa,

qué móvil llevó a don Pedro  
a probar la vida airada,  
y si era cuerdo o era loco  
cuando en ella se lanzaba.  
No se os oculte, ante todo,  
su cuna y su sangre hidalgas;  
ni deis tampoco al olvido,  
ya que él mismo os la contara,  
la historia de sus amores,  
¡bien triste, a la fe, y bien larga!  
Recordad, si es que la mente  
no os es al recuerdo ingrata,  
qué mano tronchó en mal hora  
la flor de sus esperanzas;  
quién mató las ilusiones  
que iban naciendo en su alma;  
quién le robó juicio y honra  
en doña Elvira, su amada,  
y así encontrará disculpa  
un corazón que se abrasa  
en sed de crimen, ansioso  
de desagravio y venganza...  
Si cobarde fue don Pedro  
dando muerte a la gitana,  
reparad la valentía  
que este crimen entrañaba,  
y haced cuenta que en el fondo  
de su conciencia quedaban  
cenizas de un amor muerto  
que por renacer pugnaba.  
Reparad que aquí tenía  
con el señor de Milmanda,  
pendientes añejas deudas  
y era preciso cobrarlas.  
Y antes que faltar un punto  
a su palabra empeñada,  
mató un amor criminal  
de otro más puro en las aras.  
-¿Amor criminal, decís?  
-¡Sí, criminal!, pues brotara  
en un corazón que, ciego,  
por otro amor se abrasaba.  
-Pero, si digna de aprecio  
creía la veneranda  
memoria de doña Elvira,  
¿cómo don Pedro manchaba

su purísimo recuerdo  
con sangre inocente y cándida?  
-Pedid a un loco razón,  
decidle el mal que le aguarda  
si por sinuosa vereda  
se obstina en guiar su planta,  
y os dirá: «De esta manera  
logro mi fin. » Y así marcha,  
hasta que Dios le da acuerdo  
o en su camino le mata.

-¿Loco don Pedro?... En verdad  
que su locura es extraña.  
No sé que más cuerdo fuera  
quien en su mente grabada  
lleva la imagen ardiente  
de la mujer a quien ama,  
y no bastando quince años  
de eterna ausencia a olvidarla,  
muerta ya, busca a su hija,  
y el loco entonces se enlaza...;  
si esto es locura, paréceme  
que no es muy digna de lástima.

Aquí los dos rufianes  
en su contienda llegaban,  
cuando vino otro tercero  
a terciar en la demanda.  
-No puedo oír ni consiento  
que tan criminal se le haga  
ni que tan loco se crea  
al capitán que nos manda.  
¡No es loco quien firma un pacto  
y para cumplirlo salta  
por cuantas vallas el mundo  
ante su paso levanta!  
Y si ha sido criminal  
don Pedro con la gitana,  
ella lo note, pues vive,  
mas nunca sus camaradas.

Dijo el bandido, y calló.  
Y hubo un instante de pausa  
en que todos sus amigos  
con asombro le miraban.  
Y algunos, cual si temieran

que aquellas graves palabras  
fuesen el negro conjuro  
de un vengativo fantasma,  
retrocedieron un paso  
y echaron mano a la daga  
que de sus cintas colgando  
bajo la capa llevaban.

Mas vueltos de estupor  
que tal nueva les causara,  
todos a más no poder  
echaron a reír la gracia,  
mientras el más temerario  
de cuantos allí burlaban,  
de esta suerte requería  
al que hasta entonces hablara:  
-Por Satanás, compañero,  
que esa noticia me causa  
cierto asombro, y ya me explico  
la razón con que negabais  
el que tuviese don Pedro  
la suya coja y lisiada,  
pues toda locura es cuerda  
si a la vuestra se compara.

Conque... ¿Magdalena vive?  
-¡Sí, vive! Todo Milmanda  
os lo dirá, que la ha visto,  
harapienta y desgredada,  
vagar con un niño en brazos  
por sendas no muy lejanas  
de este castillo. -Visiones,  
visiones no más. -Es rancia  
costumbre por estas tierras  
hablar de brujas y de almas  
aparecidas; un cuento  
más o menos, se oye y pasa...  
-¡Cuento! -Pero ¿vos la visteis?...  
-De no ser así, no hablara;  
mas yo la vi, ¡ira del cielo!,  
yo la vi: si esto no os basta,  
salid, que donde hay aceros  
están de más las palabras.

Ya alguno se disponía  
la vida a vender bien cara,

cuando a través de los muros  
de aquella amplísima estancia,  
sintieron allá a lo lejos  
el son de una carcajada.  
De súbito, consternados,  
agólpanse a la muralla  
del castillo, y ver pudieron,  
a no muy grave distancia,  
la macilenta figura  
de Magdalena, que, airada  
y cautelosa, cual tigre  
que acecha su presa, marcha  
tras una nube de polvo  
que dos caballos levantan.

## II

No lejos del triste lugar de Milmanda  
un valle se extiende de eterno verdor,  
por donde desliza, benéfica y blanda,  
su linfa un arroyo con grave rumor.

Allí un ermitorio su torre levanta  
que tiene una esquila de pobre metal,  
y dentro este asilo que inspira y encanta  
se reza a la Madre de Dios del Cristal.

Es esta, entre todas las Virgenes bellas,  
la más imposible de humano cincel:  
sus labios son nardos, sus ojos estrellas,  
su risa una aurora, su frente un clavel.

Las chispas que lanza su rica corona  
fascinan los ojos con tanto esplendor,  
y verla no puede ninguna persona  
sin darla de hinojos plegarias de amor.

Cual mora en la concha la límpida perla,  
feliz en su cárcel que no osa quebrar,  
en tanto que el hombre, quizá por cogerla,  
recorre los senos profundos del mar;

cual vive entre zarzas la flor campesina,  
brindando perfumes al aura sutil,  
perfumes que envidia la rosa vecina,

misérrima esclava de rico pensil,

tal mora, en el fondo del valle ignorado,  
de gloria y de bienes fecundo raudal,  
la Virgen más bella que vio lo creado,  
la angélica Madre de Dios del Cristal.

.....

No hay penitente ni peregrino  
que de Santiago lleve el camino,  
término y punto  
de su misión,  
que no visite la pobre ermita  
donde la *Rosa Mística* habita,  
para mostrarla  
su adoración.

No hay en el valle niña o doncella  
que no se postre delante de ella,  
humedecida  
la roja sien,  
para que ampare bajo su égida  
la amenazada preciosa vida  
de su adorado  
y ausente bien.

El que en encierro negro y sombrío  
lloró su muerto libre albedrío,  
y allí a la Virgen  
santa invocó,  
presto aliviadas miró sus penas,  
presto quebradas vio sus cadenas,  
presto su amargo  
llanto enjugó.

La esposa tierna que, sin reposo,  
veló al insomne doliente esposo  
junto a su aciago  
lecho mortal,  
si dijo: «¡Valme, Virgen del alma!»,  
luego su amado cobró la calma,  
luego tranquilo  
dejóle el mal.

Y así, no hay nauta ni caminante,  
loco mendigo, gitano errante,  
perdido en mares,



campo o ciudad,  
que no le deba santos favores,  
dulces consuelos a sus dolores  
y a su tristeza  
pura amistad.

Como se agolpan hacia la orilla  
del mar las aguas, onda tras onda,  
dejando espumas  
en pos de sí,  
tal, de esta imagen a la capilla,  
vienen cien pueblos a la redonda,  
santas ofrendas  
dejando allí.

Por eso cuelgan desde el estrecho  
y angosto cuadro que forma el techo  
ricos doseles  
de gran valor;  
y en la ancha nave vierte sombría,  
sobre retablos de argentería,  
lámpara de ónice  
suave fulgor.

Y de repisas y barandales  
penden ofrendas de oro y corales,  
primores mágicos  
que hizo el buril,  
sayos de múltiples vivos colores,  
manos de cera, ramos de flores,  
trenzas de pelo  
y exvotos mil.

Por la vereda que se dilata  
como una extensa cinta de plata  
desde el castillo  
de Sanchidrián  
hasta las gradas de aquella ermita  
do se venera la Virgencita,  
dos alazanes  
trotando van.

De uno en el lomo, serena y bella,  
cabalga apuesta noble doncella,  
su labio en ondas  
vertiendo amor,

en cuya roja, tersa mejilla  
y en su mirada, que amante brilla,  
luz soñadora  
pinta el rubor.

Sus crenchas de oro flotan al aire,  
cayendo en bucles con gran donaire  
sobre su espalda  
blanca y gentil,  
y tras su labio, más encarnado  
que la bermeja flor del granado,  
dientes asoman  
como el marfil.

Contiene el brío de otro más fiero,  
raudo y fogoso trotón ligero,  
jinete altivo  
de ella a la par,  
cuya rizada larga melena  
ciñe alba gorra de rubíes llena,  
con blanca pluma  
de ave de mar.

Barba cerrada, color moreno,  
negra pupila, mirar sereno,  
la faz animan  
de aquel garzón;  
pero una triste sonrisa amarga  
siempre su labio trémulo embarga,  
disfraz sarcástico  
de honda aflicción.

Vana sonrisa, porque tras ella  
volcán de duelo cruel descuella,  
que allá en su pecho  
comienza a hervir;  
vana sonrisa, como ese canto  
que al viento exhala lleno de encanto  
el amoroso  
cisne al morir.

Uno del otro poco distantes,  
van acortando los caminantes  
del valle alegre  
la inmensidad,  
tan abismado su pensamiento,

tan silenciosos, que ni un acento  
suyo recoge  
la soledad.

¿Quién son la dama y el caballero  
que así caminan por el sendero  
que de Milmanda  
lleva al Cristal?  
El es don Pedro Fuentecalada,  
y ella es su Dulce, su Dulce amada,  
la hija del noble  
de Portugal.

¿Mas qué tristeza o qué dolores  
el cielo empañan de sus amores?  
¿Por qué sombríos  
marchan los dos?  
¿Tan alejadas y silenciosas  
esas dos almas que a ser esposas  
van a la santa  
casa de Dios?

¡Ah! Devorando secreta pena  
marcha don Pedro, la faz morena  
hasta su amada  
no osando alzar,  
por que no observe cómo destila,  
fuente de lloro de su pupila,  
que esto la hiciera  
tal vez penar.

¡Recurso inútil! Que ella camina  
también doliente, pues adivina  
tras su funesta  
meditación,  
de otros amores la viva huella...  
Y acaso es otra mujer más bella  
a que cautiva  
su corazón.

De estos temores sobrecogida,  
por estos celos el alma herida,  
por esta herida  
manando hiel,  
alzó la niña los garzos ojos,  
y así a don Pedro con voz de enojos

habló, respuesta  
queriendo de él:

DOÑA DULCE.

¡Si desdenes son amores,  
mucho, don Pedro, me amáis;  
si cuidados y temores,  
rendimientos y favores,  
más me debéis que me dais!

DON PEDRO.

Si a mal sospechar se llama  
certeza, y podéis dudar  
de ese sol que luz derrama,  
cuerda andáis en sospechar  
que quien os ama no os ama...

DOÑA DULCE.

Cierto, señor, que las dudas  
hincando están en mi pecho  
sus fieras garras sañudas,  
mas no me hirieran tan rudas  
faltando lo que sospecho.

Amor me guardáis, y a fe  
que es más turbio su arrebol  
que el de esa luz que se ve;  
si es vuestro amor como el sol,  
ciega al no verle estaré.

DON PEDRO.

Pues yo, señora, creía  
que en mis ojos ardería  
la luz que encendisteis vos.

DOÑA DULCE.

¡Si esa luz es la apatía,  
bien que me abrasa, por Dios!

DON PEDRO

Fuerza es que pruebas tengáis  
cuando ese agravio me hacéis;  
y si las pruebas tenéis  
por las que me condenáis,  
yo os requiero me las deis.

DOÑA DULCE.

Cuando no fuese bastante  
que estáis guardando conmigo,  
vuestro afligido semblante  
probara bien ese silencio constante

DON PEDRO.

No sé yo qué puede haber  
en mi rostro para ver  
en él tan loca quimera,  
y aun habiendo, ultraje fuera  
mis palabras no creer.

DOÑA DULCE.

¿Pues qué pensar, cuando  
así camináis hacia el altar,  
mas que se alejó de mí  
aquel amor que creí  
por todo tiempo guardar?

¡Don Pedro del alma mía!  
Si ya esos labios perdieron  
la sonrisa que algún día  
me enajenó de alegría  
cuando en los míos cayeron;

si esa frente, donde ayer  
e visto resplandecer  
fuego de amor celestial,  
hoy revela, por mi mal,  
un oculto padecer;

si de esos ojos, hoguera  
de un amor que en llama viva  
mi inmenso amor encendiera,  
hoy se desprende, severa,  
triste lágrima furtiva...

¿Qué he de hacer sino pensar  
que vuestro amor, ¡ay de mí!,  
como una estela en el mar  
nació y murió, sin dejar  
rastro alguno en pos de sí?

¡Oh! ¡No me martiricéis  
negando lo que estoy viendo;

no, por Dios, no me matéis,  
ni la angustia disfracéis  
que en el alma estáis sufriendo!

Sí, don Pedro, yo sé bien  
que sufrís...; fantasmas  
cien me lo dicen al oído...;  
mas ¿quién el alma os ha herido,  
don Pedro de mi alma, quién?

¡Oh! Tiemblo sólo al pensar...  
Mas no, no puedo creer  
que haya en el mundo poder  
que me logre arrebatarse  
vuestro amor, que es mi placer.

¡No! Y si el cielo lo quería  
tan solo para probarme,  
a tal prueba me traería,  
que a ese cielo arrojaría  
blasfemias para vengarme...

DON PEDRO.

Mucho me amáis, en verdad;  
pero si es grande ese amor,  
tened la seguridad  
que, en valor y en calidad,  
no es mi cariño menor.

Que yo, señora, os adoro,  
y amaros sé de tal suerte,  
que estas lágrimas que lloro  
diciéndoos están a coro  
que tanto amor es mi muerte.

No de tan alto cayó  
rayo que tan honda huella  
en la atmósfera trazó,  
como la herida que abrió  
tal concepto en la doncella.

Pensó un momento; contuvo  
con mano que en fuego ardía  
su corazón que latía,  
y cuando en calma lo tuvo,  
dijo así con voz sombría:

DOÑA DULCE.

Parad el corcel, señor,  
retenedle de la brida;  
que aquí saber a mi honor  
conviene si es el amor  
llanto o gozo, muerte o vida.

Y así diciendo, pararon  
él su alazán y ella el potro,  
y aparearlos lograron  
de manera que quedaron  
el uno junto del otro.

Y así que cerca se vieron  
el galán de la doncella,  
levemente sonrieron  
y entrambos se dispusieron  
él a escuchar, a hablar ella.

DOÑA DULCE.

Decísme que ese quebranto  
grande amor revela en vos  
y sufrir no puedo tanto;  
porque si el amor es llanto,  
vos sólo amáis por los dos.

Mas si amor es la armonía,  
si es la paz y la alegría,  
y al rostro sale esa paz,  
más revela la faz mía  
que revela vuestra faz.

¡Ah! Creedme, don Pedro: amores  
y dolores no se hermanan,  
son enemigos traidores;  
que nunca de hermosas flores  
torpes esencias emanan.

Los unos cesan, perecen  
con la muerte que apetecen,  
con el olvido y la edad;  
los otros aún permanecen  
vivos en la eternidad.

Conque así, no os afanéis

en demostrar que ese lloro  
es amor que me tenéis,  
y nunca a mentir os deis,  
que en labio noble es desdoro.

Y pues no tengo en rigor  
nada de vos que esperar,  
volvamos grupas, señor,  
volvamos, que sin amor  
nadie llegó hasta el altar.

DON PEDRO.

Me ponéis en tal extremo,  
purísima Dulce mía,  
que llego a dudar y temo  
que este amor en que me quemo  
sea una ilusión impía;

mas si fuese una ilusión,  
¿cómo hallar explicación  
a este violento latir,  
a este angustioso gemir  
de mi fiero corazón?

No amaros... ¡Que tal digáis,  
señora, y que tal penséis!...  
Ciega, doña Dulce, estáis,  
cuando en mi pecho habitáis  
y en mi pasión no creéis.

Así extrañáis mis dolores...  
Así encontráis ocasión  
de dudar de mis amores...  
Mas no, no abriguéis temores  
que secan el corazón.

Yo sufrí y lloré, es verdad;  
pero si sufrí y lloré,  
lloré de felicidad,  
sufrí por la intensidad  
del mismo amor que os tomé...

Tenedlo entendido así,  
y no volváis a abrigar  
duda, si me amáis a mí;  
y ahora vamos de aquí,



que nos espera el altar.

Y entrambos desde sus sillas  
uno al otro se inclinaron,  
y al hallarse sus mejillas,  
dos notas de amor sencillas  
en el aire resonaron.

Sonoras, vibrantes notas  
cual las que arrancan dos gotas  
de oro líquido a un cristal,  
que allá a regiones ignotas  
llevó el aura matinal.

Notas que sin duda fueron  
por Satanás escuchadas,  
pues cuando ya se perdieron,  
por todo el valle se oyeron  
infernales carcajadas...

A sus ecos, de rubor  
cubrióse el rostro sereno  
de la dama, y un temor  
sordo, inmenso, aterrador,  
oculto quedó en su seno.

Temor que se acrecentó  
cuando don Pedro, asombrado,  
un ronco gritó exhaló,  
y cuando trocarse vio  
rojo su rostro atezado.

Y otra vez, ambos a dos,  
ella delante, él detrás,  
marchan de la ermita en pos,  
ansiando hallar ante Dios  
amor y olvido no más.

-¡Aún vive, por mi tormento!...  
-don Pedro en silencio hablaba.  
Y como oyendo su acento:  
-¡Qué negro presentimiento!  
-doña Dulce murmuraba.

Y así, en congoja mortal,  
caminaron ella y él

en silencio sepulcral,  
hasta pasar el dintel  
de la ermita del Cristal.

### III

Casi promediaba el día  
cuando al castillo tornaron  
los dos amantes, ya unidos,  
de regreso del santuario.  
A recibirles salieron  
con paso precipitado  
doncellas y servidores  
por escaleras y patios.  
Plácemes y enhorabuenas  
sin cuento les tributaron,  
unas a la bella novia,  
y otros al novio, envidiando.

De tan cariñosas frases  
daba doña Dulce, en cambio,  
melancólicas sonrisas,  
fugaces como relámpagos.  
Sonrisas que iban diciendo  
con sordo lenguaje amargo  
que salían de su pecho  
como quien sale al cadalso.  
Sonrisas que semejaban  
hondas heridas sangrando,  
cada vez que aparecían  
al dilatarse sus labios.

¡Oh! Si fuese permitido  
pagar albricias con llanto,  
¡cuánto no hubieran vertido  
aquella noche sus párpados!  
Mas era preciso entonces  
aparentar lo contrario,  
que nadie vertiendo lloro  
pasó del altar al tálamo.  
Que esta es la vida: un disfraz  
con que al nacer ocultamos  
lo asqueroso por lo bello,  
la verdad por el engaño.  
Disfraz que se hace preciso

hasta la tumba llevarlo,  
pues la miseria no puede ver  
su imagen sin escándalo.

Mentir..., hacer que parezca  
a la luz lo negro blanco,  
porque lo blanco cautiva,  
porque en lo blanco encontramos  
ángeles de alas de nieve,  
espacios nunca soñados,  
cielo, infinito, grandeza,  
pompa, majestad y encanto...  
Mentir..., hacer una gloria  
de este infierno de aquí abajo,  
como si nadie a negruras  
estuviese condenado...  
Esto es horrible, sí; pero  
¡tiene tal brillo lo falso!...

Tú también, ¡oh doña Dulce!,  
mientes, porque es necesario  
mentir; también finges dichas  
donde hay tan solo quebrantos;  
quieres demostrar al mundo,  
al mundo torpe y malvado,  
que es tu pecho un paraíso,  
cuando es tu pecho un calvario!  
Quieres alejar de ti  
su compasión, ocultando  
bajo máscara de risa duelos  
que afligen tu ánimo.  
¡Así se esconden al día,  
allá en el fondo del lago,  
sierpes que enturbian de noche  
su linfa de cristal claro!  
Bien haces, sí, doña Dulce,  
bien haces en no dar paso  
a ese torrente de pena  
en que te estás ahogando.  
Pues si al mundo trascendieran  
esos tus duelos amargos,  
si el mundo viera en tu alma  
de esos tus celos el dardo,  
¡ay infeliz de la esposa!,  
¡ay infeliz del amado!,  
¡ay de los recién unidos!,

¡ay de los recién velados!,  
que en vez de encontrar consuelo  
ni treguas en tu quebranto,  
más y más en tus entrañas  
vieras ese arpón clavado;  
más y más se acrecentaran  
esos fantasmas nublados  
que pasan ante tus ojos,  
tu dulce calma robando.  
¡Que el mundo, triste doncella,  
nunca secó nuestro llanto  
más que imprimiendo en nosotros  
el beso del desengaño!

.....

Ya llegaron al castillo  
los amantes desposados.  
¡Ojalá que en su recinto  
hallen la paz que buscaron!  
¡Ojalá que no penetre  
con ellos, furtivo y vago,  
ese espíritu sombrío  
que va siguiendo sus pasos!  
¡Ojalá que nunca empañen  
el cielo de sus encantos  
nubes amenazadoras  
de tempestad y de rayos!  
¡Ojalá que no interrumpen  
sus pláticas y sus diálogos  
los silbos del huracán,  
allá en el foso expirando!...  
Sí, porque de otra manera  
eterno será su daño;  
y entonces, ¡ay de la esposa!  
Y entonces, ¡ay del amado!

#### IV

Doquier reina la noche, clarísima y serena;  
colúmpiase la luna sobre el etéreo tul;  
la brisa entre las hojas suavísima resuena;  
ejércitos de estrellas invaden el azul.

Exhalan sus perfumes las flores campesinas;  
deslízanse las fuentes con blando susurrar;  
errando va el silencio por valles y colinas,

del llano a la ruontaña, del páramo al pinar.

El rayo nacarado de la argentada luna  
resbala entre las copas del álamo gentil,  
refléjase en el terso cristal de la laguna  
o quíebrase en las rocas de túrbido perfil.

Allá corre, a lo lejos, el Miño solitario;  
las vegas orensanas se extienden más allá,  
y aquí la parda cúpula del viejo santuario  
se eleva hasta los cielos, donde a perderse va.

Galicia duerme..., virgen druídica, embriagada  
por los aromas ricos que exhala su vergel,  
de rosas y claveles la frente rodeada,  
en lecho de peñascos, de mirtos y laurel.

Y por que nadie turbe su paz celeste y blanda,  
perenne centinela de aspecto aterrador,  
el lúgubre y sombrío castillo de Milmanda  
petríficas miradas extiende en derredor...

Mas en su vasto recinto t  
odo en silencio reposa  
y no resuena en su centro  
el más ligero rumor;  
que bajo el siniestro influjo  
de la noche misteriosa,  
todo de puertas adentro  
es soledad y pavor.

Mudo e imponente, el castillo  
domina la inhiesta cumbre;  
quien tan torvo le mirara  
de la luna al reflejar  
muertos sus dueños creyendo  
y muerta su servidumbre,  
orando al Señor hubiera  
sus almas de encomendar.

Que no a otra cosa dispone  
más que al augurio y misterio  
aquel ambiente hosco y serio  
de doña Dulce en la unión,  
y aquel gemir persistente  
de ave dolida y nocturna

revolando taciturna  
sobre el viejo torreón...

Pero si bajo sus torres,  
y tras sus muros grietados  
y los cancelos ferrados  
y la acequia circular  
de la luna al reflejar,  
el silencio tiene un templo  
que nadie a profanar viene,  
la vida otro templo tiene,  
tiene el amor un altar.

Allí, en lujoso aposento  
que ricos tapices ornan,  
cuyas paredes adornan  
panoplias con armas cien,  
sobre riquísimo tálamo  
de pulimentado cedro,  
sosiega y duerme don Pedro,  
duerme y sosiega su bien.

Percíbese allí el aroma  
que al aire dan esparcidas  
flores las más escogidas,  
alfombra de esta mansión;  
y casto como el suspiro  
de un ángel y de una diosa,  
del esposo y de la esposa  
se oye la respiración.

Sueñan los dos; por sus labios,  
fuentes de dicha y dulzura,  
vaga, encantadora y pura,  
una sonrisa de amor;  
sueñan los dos, y parece  
que sus almas, confundidas  
como sus labios, unidas  
vuelan a un mundo mejor.

¿Qué soñarán los amantes?  
¿Qué soñarán los esposos?  
¡Ah! Si en lazos amorosos  
juntos por siempre ya están;  
si unos son ya sus destinos,  
sus esperanzas y empeños,

¿no serán unos sus sueños?  
¿Distintos sueños serán?

Mas ¿dónde irá la paloma  
que celosa y placentera  
duerme en su nido de pluma,  
de su consorte a la par?  
¿Adónde irá que no vaya  
en pos de su compañera,  
cruzando cielos de bruma  
o los desiertos del mar?

¿Y adónde irá el pensamiento  
del que en apartada playa  
proscrito, escuchó en su lengua  
su favorita canción?  
¿Adónde irá, devorando  
mar y tierra y firmamento;  
adónde irá, que no vaya  
a su querida nación?

Cuando dos almas errantes  
se encuentran y se confunden,  
en una sola se funden  
sus esencias y su ser,  
y como dos gotas de agua  
de una en la forma perdidas,  
un espacio siempre unidas  
y un destino han de correr.

Y ora rujan tempestades  
o apacible y bella aurora,  
luz derramando y colores  
surja de la noche en pos;  
si una canta, la otra canta;  
si una llora, la otra llora;  
que en placeres o en dolores  
una misma son las dos...

¿Qué soñarán los esposos?  
¿Qué soñarán los amantes  
la breve noche primera  
del primer beso nupcial?  
¿Qué soñarán, que no sueñen,  
fascinados y anhelantes,  
una eterna primavera

y un porvenir celestial?

¿Qué soñará doña Dulce  
cuando don Pedro a su lado  
duerme feliz, embriagado  
por su respiro de amor?  
Y ¿qué soñará don Pedro  
cuando en su brazo tendida  
duerme su prenda querida  
sin afanes ni temor?

¿Qué soñarán?... ¡Oh! ¡Quién sabe!  
Acaso no es ya su sueño  
tan hermoso y halagüeño c  
omo prometiera ser...  
Acaso, cruel adversaria  
de su paz y su armonía,  
vino una mano sombría  
hiel en su sueño a verter.

Quizá, cuando sus espíritus  
entrelazados corrían  
por un mundo donde vían  
ángeles de luz no más,  
súbito en sombras envueltos  
atónitos se abismaron,  
cuando un acento escucharon  
que así les gritaba: «¡Atrás!»

¡Tristes amantes! Soñaban  
un existir de ventura  
tras su pasada amargura  
y su ya extinto dolor,  
donde las horas pasaban  
entre deleites y encanto,  
sin que un recuerdo de llanto  
viniese a amargar su amor.

Soñaban que en otro mundo  
de peregrina belleza,  
cerrado a toda tristeza,  
abierto a todo placer,  
en goces inenarrables  
se deslizaba su vida,  
desde el cielo bendecida  
por una mártir mujer.



Y allá, entre las nubes róseas  
de su horizonte apacible,  
cual un astro bonancible  
de fascinadora luz,  
contemplaban delirantes,  
con purísima delicia,  
la naciente fiel primicia  
de su amor y juventud.

Y escuchar les parecía  
de su hijito el primer lloro,  
cual la estrofa en arpa de oro  
de grandioso himno triunfal,  
creyendo aspirar sus labios  
las dulzuras de su beso,  
como el más santo embeleso  
de la vida conyugal...

Pero, ¡ay tristes!, porque han sido  
para el martirio creados,  
y están por Dios condenados  
al martirio nada más;  
y es inútil que una gloria  
sueñen de paz y contento,  
que siempre oirán ese acento  
sonar en su torno: «¡Atrás!»

Ya no duermen los amantes  
el sueño de los amores:  
mil presagios y temores  
les vienen a interrumpir;  
recuerdos no bien sepultos  
de nuevo turban su mente,  
nuncio trágico e imponente  
de un funesto porvenir.

Ya no brilla en sus semblantes  
la embriagadora alegría  
que en ellos tierna imprimía  
sugestiva la ilusión.  
Hora pálida su frente  
revela angustia infinita,  
y allá en su pecho palpita  
violento su corazón.

Pero ya la alondra canta,  
y entre nubes de oro y rosa  
muestra su faz ruborosa  
la alborada al renacer.  
Plegó la noche su manto  
de tinieblas y dolores...  
Matices solo y colores  
la luz extiende doquier.

DON PEDRO.

¡Por Dios, que hay sueños tan raros  
-dijo don Pedro a su amada  
al despertarse los dos-,  
que creyera, a no miraros  
tan hermosa y animada,  
que estabais muriendo vos!

Y a no recordar ahora  
que antes de tal pesadilla  
sueño de gloria fingí,  
dudara hallar en la aurora  
de nuestras bodas, que hoy brilla,  
las venturas que creí.

DOÑA DULCE.

¿Tal soñasteis?...

DON PEDRO.

Mas de modo,  
doña Dulce, que aún no paso  
a creer que me engañé.

DOÑA DULCE.

Pues ved que fue sueño todo;  
que si vamos a hacer caso  
de sueños, también soñé...

DON PEDRO.

¿También vos?

DOÑA DULCE.

Sueños tan raros,  
don Pedro, y en tal manera  
maléficos, que, por Dios,  
de no veros y tocaros  
feliz y amante, creyera

que estabais ya muerto vos.

Y a no recordar muy vaga  
una ficción seductora,  
a este vértigo anterior,  
dudara, cual vos ahora,  
si alguna tormenta amaga  
el cielo de nuestro amor.

DON PEDRO.

Pues tiene su punto serio,  
aunque penséis lo contrario,  
tan vano desvariar...

DOÑA DULCE.

Si el soñar es un misterio,  
más vano y más temerario  
fuera quererlo explicar.

DON PEDRO.

Cuanto con el hombre toca,  
tanto debe estar sujeto  
a su criterio y razón,  
y no será empresa loca  
afrontar de este secreto  
la velada solución.

Soñar es fácil; sepamos,  
señora, por qué soñamos,  
cuando nos sonrío el placer,  
delirios que, si lo fueran,  
no alteraran ni aturdieran  
nuestra paz y nuestro ser.

Probemos si esas ficciones  
son verdades o ilusiones;  
que siempre tuve ansiedad  
de saber si el que delira  
va de verdad a mentira  
o de mentira a verdad.

DOÑA DULCE.

Dura empresa acometéis,  
don Pedro, pues no podréis  
a fuerza de discurrir,  
estéril vuestro desvelo,

romper el nublado velo  
que oculta lo por venir.

Soñar..., ¡quién sabe! Presiento  
que es ese el solo momento  
de nuestra vida mortal,  
en que Dios desciende al hombre  
para revelarle el nombre  
de su destino fatal.

Y acaso esas cien legiones  
de fantásticas visiones  
son la fiel reproducción  
de cosas que ya pasaron,  
o de otras que no llegaron  
profética anunciación.

DON PEDRO.

¡Oh! ¡No, jamás, Dulce mía!  
¿Mi sueño una profecía?  
¿Perderos por siempre yo?...  
Loca estáis, o estáis soñando.

DOÑA DULCE.

¡Quizá estoy profetizando,  
don Pedro!

DON PEDRO.

Os digo que no.

DOÑA DULCE.

¡Bah!... Si cuando me veía  
vuestra ardiente fantasía  
morir en sueños a mí,  
buscase, por si la hallaba,  
la mano que me mataba...,  
no lo dudarais así.

Era tan triste el acento  
y tal la melancolía  
de doña Dulce al hablar,  
que hubo un ligero momento  
en que don Pedro creía  
a su conciencia escuchar.

A estas frases, su semblante

perdió el color sonrosado  
que sus mejillas pintó,  
y así, con voz vacilante  
y duelo mal disfrazado,  
el pobre esposo exclamó:

DON PEDRO.

¡Oh, doña Dulce querida!  
¿Y quién, quién a vuestra vida  
puede, cobarde, atentar?  
Hermosa luz de mis ojos,  
¿a quién perfidias y enojos  
pudisteis vos inspirar?

¿Qué daño hacéis, mi paloma,  
para temer a mi lado  
del gavián el furor?  
Único clavel de aroma,  
que en mi desierto he encontrado,  
¿quién os robará a mi amor?

¡Ah, que el mundo fuera poco  
a mi venganza insaciable,  
a mi sanguinario afán,  
y sobre la tierra, loco,  
pasara ciego e implacable,  
como pasa un huracán!

¿Perderos yo, que os adoro  
con aquel amor primero  
que vuestra madre olvidó?  
¿Yo, que con vos atesoro  
cuanto el universo entero  
mirara envidioso?... ¡No!  
¡Nunca, jamás será cierto e  
se sueño malhadado!  
¡No, mi amada celestial!...  
¡Antes, como habéis soñado,  
me halléis en el lecho muerto  
que miren mis ojos tal!

DOÑA DULCE.

Si eso creéis, no a fe mía  
os cansará mi porfía;  
pues lo decís, lo sabréis;  
mas ved que la mente humana

no responde del mañana...,  
y vos no le conocéis.

Y pues que el tiempo y la edad  
han de decir con verdad  
quién se engaña de los dos,  
dejad que el tiempo decida;  
yo quedaré prevenida,  
quedad descuidado vos.

Y la esposa y el esposo  
dieron treguas a sus duelos  
para sin penas gozar,  
mientras el astro glorioso  
se remontaba a los cielos  
sus dichas por alumbrar.

V

Tiene el amor, entre ciento,  
una condición muy buena  
cuando en el pecho halla asiento,  
y es aquel dulce contento  
con que el ánimo enajena.

El podrá hacernos llorar  
cuando comienza a nacer;  
mas siempre suele acabar  
las lágrimas por secar  
que nos hiciera verter.

Todo en él puro egoísmo,  
todo cándido optimismo,  
nunca rindió vasallaje  
ni prestó pleito homenaje  
a otro señor que a sí mismo.

Enemigo declarado  
de recuerdos y memorias,  
olvida el tiempo pasado  
como quien vive entregado  
en el presente a sus glorias.  
Yo, que ya le conocí,  
puedo decir sin temor,  
pues a él mismo se lo oí,

que donde penetre, allí  
no ha de reinar el dolor.

Y quien a don Pedro viera  
y a doña Dulce mirara,  
pronto así lo comprendiera  
con que un instante siquiera  
sus semblantes reparara.

Pues el color de su frente,  
la alegría de sus ojos  
y su labio sonriente,  
son una muestra elocuente  
de que han muerto sus enojos.

Ya algunos meses pasaron  
desde que al pie del Señor  
sus destinos se ligaron,  
y aun perdida no lloraron  
una ilusión en su amor.

Ni un vago temor les hiere;  
y porque desde su enlace  
todo paz y encanto fuere,  
es cada día que muere  
una esperanza que nace.

Tan puro como el armiño,  
como esa risa que Dios  
puso en el labio del niño,  
se ve crecer el cariño  
en el alma de los dos.

Cuanta ventura y placer  
pudieron apetecer  
en la más alta demanda,  
tanto les vino a ofrecer  
la soledad de Milmanda.

¡Cuántas noches se les ve,  
al borde de la laguna  
que hay en su castillo al pie,  
hacer protestas de fe  
bajo el dosel de la luna!  
No hay chopo allí ni rosal,  
azucena ni clavel

que en sus hojas cada cual  
no guarde cifra o señal  
de alguna promesa fiel.

Si bajo un árbol buscaron  
sombra o espacio a su pasión,  
tal gratitud le cobraron  
que en él sus nombres grabaron  
de su silencio en blasón.

Y así pasaban sus días,  
disfrutando los esposos  
las más dulces alegrías,  
sin dolores ni agonías,  
felices y venturosos.

Mas como todo amorío  
no vive lo que una flor,  
y la flor tiene su estío,  
un rayo de sol impío  
vino a matar este amor.

## LIBRO TERCERO

### ARREPENTIMIENTO

#### I

Al caer de una tarde de primavera,  
de Milmanda tendido por la pradera  
viose un corcel,  
y era tal su carrera precipitada,  
que abarcar no podía bien la mirada  
quién iba en él.

Su galope en los rocas repercutía,  
imprimiendo en la arena que removía  
huella feroz,  
y elevando de polvo tal remolino,  
que semeja en las alas de un torbellino  
rayo veloz.

Al contacto violento de su herradura  
chispas incandescentes la roca dura



deja en pos de él;  
y es su tensión tan grande del pecho al anca,  
que un abundante chorro de espuma blanca  
baña su piel.

La flecha disparada por la ballesta  
al impulso del brazo que alas le presta  
no corre más;  
dilatada la boca, tendido el cuello,  
cual las forjas de un cíclope, de su resuello  
se oye el compás.

En su rápida marcha camina ciego;  
su rasgada pupila vertiendo fuego  
centelleador,  
gotas de sudor frío su crin mojada,  
y su cóncava y fiera nariz hinchada,  
rojo vapor.

La noche de Walpurgis el grifo alado  
va del vértigo menos arrebatado,  
menos aún,  
sobre las verdes cumbres movible mancha,  
ya semeja una tromba, ya una avalancha  
que alzó el simún.

Y cada vez más raudo corre y se agita,  
y más en su carrera se precipita  
fiero el trotón,  
en tanto que a sus ojos desencajados  
pasan bosques, llanuras, yermos, poblados,  
en procesión.

En vano su jinete con ruda mano  
le retiene en la brida, probando en vano  
parar su pie;  
que el indómito bruto, fiero, vehemente,  
en su afán incesante ni nada siente  
ni nada ve.

El árbol a su paso se inclina grave,  
los vientos se separan y húyele el ave,  
que un grito da,  
y cuanto tras él queda o enfrente tiene  
parece preguntarse: «¿De dónde viene?  
Y ¿adónde va?...»

Iba ya en su carrera desatinada  
de un precipicio horrible por la pendiente  
loco a rodar,  
cuando el corcel, cayendo desalentado,  
muerto quedó, su boca de sangre hirviente  
vertiendo un mar.

Y al espantoso choque que produjera,  
el que firme en la silla se sostuviera  
de ella saltó,  
y exánime en la arena rodara inerte  
sin un pródigo amparo que allí la suerte  
le deparó.

.....

La tarde en el ocaso turbia se hundía;  
las sombras avanzaban, la luz moría.  
Sonó un cantar...  
¡Ay!... ¡Era Magdalena, que caminaba  
por una oculta senda que al bosque daba  
con doña Dulce en brazos a su aduar!

*Choza en un bosque; sobre un haz de paja duerme un niño.  
En primer término, DOÑA DULCE, desmayada.  
A un lado, MAGDALENA. La escena aparece iluminada por la luna*

DOÑA DULCE.  
¡Oh Dios mío!... ¿Dónde estoy?  
¿Quién sois, mujer bienhechora?

MAGDALENA.  
Estáis en mi aduar, señora;  
mas no os importe quién soy.

DOÑA DULCE.  
Os debo la vida: quiero  
vuestro nombre conocer.

MAGDALENA.  
Ocultarlo es mi deber;  
vuestra salud es primero.  
¡Oh! Vuestro estado me inquieta.  
¿Estáis mejor?

DOÑA DULCE.

Gloria a Dios  
y a tanto cuidado en vos,  
ya mi salud es completa.

MAGDALENA.

No me deis gracias; la suerte  
fue quien os favoreció.  
¿Qué otra cosa daré yo  
que no envuelva luto y muerte?...  
Pobre gitana, arrastrando  
un infierno en esta vida,  
siempre en el mundo perdida,  
siempre gimiendo y llorando;  
alma sin consolación,  
que en esta criatura tierna  
lleva el sello de su eterna  
y horrible reprobación.  
¿Dónde su mano pondrá  
que allí la muerte no esté?  
¿Qué yerba hollará su pie  
que abrasada no será?

DOÑA DULCE.

¡Pobre mujer! ¿Sois viuda?

MAGDALENA.

Señora..., no fui casada.

DOÑA DULCE.

¡Ah! Luego fuisteis amada  
y os olvidaron...

MAGDALENA.

Sin duda.

DOÑA DULCE.

Maldígale Dios, amén,  
al que tan vil os burló.

MAGDALENA.

Y a quien su amor me robó,  
maldígale Dios también.

DOÑA DULCE.

Otra gitana quizá...

MAGDALENA.  
No, fue una noble doncella.

DOÑA DULCE.  
Rica, comprendo...

MAGDALENA.  
Y muy bella.

DOÑA DULCE.  
¿La conocisteis?

MAGDALENA.  
Jamás.  
Por eso solo me afano,  
abrigando la esperanza  
de encontrar a mi venganza  
término breve y cercano.

DOÑA DULCE.  
¡Demonio debe de ser  
la que os robó vuestro amor!

MAGDALENA.  
Pues un ángel del Señor  
le llaman a esa mujer.

DOÑA DULCE.  
Pensáis vengaros...

MAGDALENA.  
¡Oh, sí!...  
No en cuenta Dios me lo tenga.  
¡Me vengaré... cual se venga  
la raza de que nací!

DOÑA DULCE.  
En tan cobardes delitos  
más la venganza desdora.

MAGDALENA.  
Es que este niño, señora,  
me pide venganza a gritos.

DOÑA DULCE.

¿Y no os sería mejor,  
pues que con él os convido,  
dar esa afrenta al olvido,  
que humillará al burlador?

MAGDALENA.

¡No puedo!... ¿Cómo olvidar,  
cómo, percance tan duro?

DOÑA DULCE.

Con mi cariño, que es puro  
y nunca os ha de faltar.  
Yo puedo ofreceros calma  
en una vida tranquila,  
el dolor que os aniquila  
desterrado de vuestra alma.

Y puedo, pues generoso  
es con cuanto yo le exijo,  
encomendar vuestro hijo  
al amparo de mi esposo.  
Así, poco a poco, iréis  
la dulce paz recobrando,  
y así quizá, tiempo andando,  
dichosa y feliz seréis.

MAGDALENA.

Prémieos Dios tantos desvelos;  
mas, ¡ay de mí!, vanos son  
para el triste corazón  
que matan odios y celos.  
Ni vos podréis dar placer  
a mi constante penar,  
ni yo os podré nunca amar...,  
solo porque sois mujer.

DOÑA DULCE.

Todo en el tiempo se olvida,  
triste gitana, y ¿quién sabe  
si hallará puerto la nave,  
hoy de los vientos batida?  
Siempre de almas nobles  
fue la esperanza y el perdón.

MAGDALENA.

Eso fue mi perdición...

Ya no más perdonaré.  
Mas vos, ¿quién sois, que tan blanda  
y compasiva me habláis?

DOÑA DULCE.  
Vuestra amiga...

MAGDALENA.  
¿Y os nombráis?

DOÑA DULCE.  
La señora de Milmanda.

MAGDALENA.  
¡Ah!... ¿Doña Dulce?...

DOÑA DULCE.  
Sí; pero  
¿por qué os inmuta mi nombre?

MAGDALENA.  
¡Doña Dulce!... No os asombre...  
Es... lo mucho que os venero...  
¡Cuán bella sois y agraciada!  
¡Oh! ¿Quién no os ha de admirar?  
¡Satisfecho puede estar  
don Pedro Fuentencalada!  
¿Os ama mucho?...

DOÑA DULCE.  
Sí, a fe.  
Su amor jamás me faltó;  
pero también le amo yo.

MAGDALENA.  
Lo sé, doña Dulce,  
y sé que sois muy felices...

DOÑA DULCE.  
Tanto,  
que, desde que ante el altar  
nos unimos, ni un pesar  
vino a turbar nuestro encanto.

MAGDALENA.  
También así yo decía

cuando en mi amor confiaba,  
y era que no reparaba  
en el tiempo que vendría.

DOÑA DULCE.

Aciagos vuestros amores  
fueron, gitana, en mal hora.

MAGDALENA.

Consuelo tengo, señora,  
en que hay desgracias mayores.  
Pues si vivir suspirando  
es un horrible vivir,  
¡peor mí! veces es morir  
con ilusiones y amando!

DOÑA DULCE.

Miedo me da oíros tal.  
¡Oh, si eso me aconteciera...!

MAGDALENA.

Nadie en el mundo está fuera  
de este accidente fatal.  
¿Teméis vos, enamorada,  
acaso morir, señora?

DOÑA DULCE.

Sí, porque si muero ahora,  
he de morir condenada.  
¡Lejos de mi esposo yo,  
dejando a mi esposo aquí,  
cuando si vida hay en mí  
es la que su amor me dio!  
¡Oh! No, mi alma no pudiera  
ver la presencia de Dios  
sin verla a un tiempo las dos  
que en este mundo El uniera.

MAGDALENA.

Pues tanto don Pedro os ama  
y tanto a la vez le amáis,  
y la llama en que os quemáis  
es la que su pecho inflama,  
¿cómo es que sin él salisteis  
tan sola a pasearos hoy?  
Porque os juro por quien soy

que en grave riesgo os pusisteis.

DOÑA DULCE.

Sola a pasear le rogué,  
y él en ello consintió;  
que también consiento yo  
cuanto de su agrado fue.

MAGDALENA.

¡Señora, y no precaver,  
antes de tal osadía,  
el peligro que corría  
vuestro honor y vuestro ser!  
Costaros pudo muy cara  
tan loca temeridad.

DOÑA DULCE.

Y tan cara, a la verdad,  
si en vos amparo no hallara.  
Mas es de noche, y mi esposo  
debe intranquilo esperarme.  
¿Queréis, gitana, guiarme  
del bosque al confín umbroso?  
De ahí, pues la senda sé,  
tomaré la del castillo.

MAGDALENA.

Hasta llegar al rastrillo,  
si os place, con vos iré.

DOÑA DULCE.

Yo no se cómo pagar  
en vos tal solicitud;  
que es poca mi gratitud  
para que os podáis cobrar.  
Mas si un día a ese dolor  
un consuelo apetecéis,  
y despreciar no queréis  
mi amistad y mi favor,  
id a Milmanda, que allí  
vuestra nobleza me obliga  
a que tengáis una amiga  
tierna y cariñosa en mí.

MAGDALENA.

¡Oh! ¡Gracias, gentil señora!



No será tarde quizá  
cuando a veros vaya allá  
la que en este bosque mora.  
Mientras no llega ese día,  
de mis días el mejor,  
prended al pecho esa flor,  
señora en memoria mía.

Que esa flor, única herencia  
de mi madre al fenecer,  
sabe eternos mantener  
frescura, color y esencia.  
Llevadla siempre en el pecho,  
pues tan bello os le hizo Dios;  
que como esa flor no hay dos  
del mundo en el largo trecho.

No más habló la gitana,  
y a doña Dulce entregó  
una flor que esta tomó  
agradecida y ufana.  
¡Y la cándida doncella  
llevó la flor a su seno,  
sin conocer el veneno  
que habrá de aspirar en ella!  
Pocos momentos después  
la choza estaba desierta,  
y de su rústica puerta  
de musgo y paja al través,  
de un rayo de luna al brillo  
durmiendo un niño se hallaba,  
mientras su madre guiaba  
a doña Dulce al castillo.

.....

Cuando de vuelta llegó  
a su aduar la gitana,  
una carcajada insana  
por el bosque resonó.  
-¡Ya me vengué! -prorrumpió-  
¡Lavada mi afrenta está!  
-y dando un beso al que allá  
reposa tranquilo e inerte  
¡Duerme, mi lobezno, duerme,  
que el lobo no dormirá!

## II

Pasados fueron en afán creciente  
de las escenas últimas tres días,  
y era una melancólica mañana  
escasa en luz, si de presagios rica.  
Trepaban por el ancho firmamento  
en montones sin fin nubes cetrinas,  
que del viento en las alas cabalgando,  
por todo el horizonte se extendían.  
Heraldo de la horrísona tormenta  
el relámpago a intervalos lucía,  
tras sí dejando en el espacio, vaga,  
rápida y luminosa culebrina.  
El huracán bramaba, detonando  
en las innobles ásperas colinas,  
y a su violento empuje, desgajadas  
las ramas de los árboles crujían.  
Del monte al valle va rodando el trueno;  
la tempestad se acerca y se aproxima,  
en tanto las campanas de Milmanda  
doblan con el clamor de la agonía.

.....

Castillo de Milmanda malhadado,  
castillo que no ha mucho sonreías,  
ufano de guardar en tus murallas  
dos almas que se amaban con delicia.  
Morada en quien tu fundador vertiera  
a torrentes la sangre de sus víctimas,  
pensando así de su conciencia impura  
lavar las manchas y alargar su vida...  
¿Por qué, castillo de funesta historia,  
recuerdas hoy tus desgraciados días?  
¿Por qué, castillo sin ventura, vuelves  
a colgar con crespones tus cornisas?  
¿Qué pasa dentro de tus negros muros,  
mansión de pena y de dolor precita,  
que hasta parece que tus piedras lloran  
por pesadumbre inmensa conmovidas?  
¿Qué quiere el pueblo, que a tu puerta acude?  
¿Qué quiere el pueblo, que en redor se apiña  
de tus cancelas y de duelo lleno  
con tristes ojos te contempla y mira?  
¿Qué tiene el agua de tu limpio foso,  
que ya no alegre por su cauce gira?  
¿Qué tiene el agua, cuando apenas nace,

gimiendo muere su argentada linfa?  
¿Qué vienen a buscar a tus almenas  
las aves torvas de la noche fría?  
¿Por qué perdieron ya, en tus ajimeces,  
su frescura alhelies y clavelinas?

¡Ah! Pero en vano al silencio  
rindes solemne tributo:  
todos comprenden tu luto  
y conocen tu pesar.  
Muerta ya quien te alegrara  
cuando era tu moradora,  
nadie podrá desde ahora  
tu ruina y muerte evitar.

Breve fue, triste castillo,  
breve tu gloria y encanto.  
¡Templo de crimen y llanto,  
en ti no cupo el amor!  
Mas no te quejes... La virgen  
que hoy muerta en tu cetro embargas,  
nacida a pruebas amargas  
no alcanzó suerte mejor.

Paloma sin voz ni arrullo,  
flor del tallo desprendida,  
ángel de nieve sin vida,  
astro sin órbita y luz,  
en fúnebre catafalco  
que adorna gasa funesta,  
yace doña Dulce, enhiesta  
ante su tumba una cruz.

Sus ojos entrecerrados  
miran aún tristemente,  
cual de una llama vehemente  
el postrimero fulgor;  
y en ellos, ya congelada,  
turbia una lágrima brilla,  
de su muerte desastrada  
poema desgarrador.

Pálidos cirios alumbran  
la estancia lúgubre y sola,  
ciñendo ígnea aureola  
de aquel cadáver la sien,

cual la corona de fuego  
que el triste mártir alcanza,  
cuando con fe y esperanza  
sufrió tormento y desdén.

Borda sus cárdenos labios  
una sonrisa de duelo,  
huella que al volar al cielo  
el alma dejara en pos,  
como una queja amorosa  
que lleva, en afán profundo,  
de algo que deja en el mundo  
la virgen que está con Dios...

Mas del cadáver en torno  
nadie una lágrima vierte:  
todo es silencio de muerte  
en aquel triste lugar;  
solo allá, en una apartada  
habitación del castillo,  
se oye una voz ahogada  
maldecir y blasfemar...

Es don Pedro, el triste esposo;  
es don Pedro, el acuitado,  
que en su cámara encerrado  
quiere a doña Dulce ver...,  
y en vano allí le disuaden  
afanosos sus amigos:  
¡quiere hablarla sin testigos  
y muerto ante ella caer!

Quiere verla y no le dejan...,  
y ruega y suplica y llora,  
y su voz desgarradora  
no halla eco a su pesar  
¿Y qué ha de hacer el doliente?  
¿Qué ha de hacer, en su agonía,  
sino, gimiendo a porfía,  
maldecir y blasfemar?

Amante ayer olvidado  
cuando, noble y caballero,  
ofreció su amor primero  
a doña Elvira y su fe;  
y leal a su cariño

y a sus promesas constante,  
pobre peregrino errante,  
quince años llorando fue.

Esposo luego querido,  
cual ninguno idolatrado,  
mas de pronto separado  
para siempre de su amor...  
Dos veces ya en el sepulcro  
desvanecida su suerte,  
¿qué extraño busque en la muerte  
un término a su dolor?

Don Pedro, infeliz don Pedro,  
caballero sin ventura,  
pues eterna tu amargura  
desde hoy por siempre será,  
busca en Dios, nunca en la tierra,  
consuelo a tu malandanza:  
¡Dios es la suma esperanza  
y Dios te consolará!...

En tanto que así don Pedro  
su desastre lamentaba,  
Magdalena penetraba  
en la fúnebre mansión;  
y parada ante el cadáver  
con infernal regocijo,  
contemplaba con su hijo  
aquel cuadro de aflicción.

-¡Doña Dulce!-exclamó entonces  
con voz de rabia infinita-,  
vengo a hacerte la visita  
que antes de ayer te ofrecí...  
Si a recibirme te aprestas  
con mortaja y con blandones,  
¡también envuelta en crespones  
llorando te recibí!...

Beldad ayer tan alegre  
y hoy tan triste y solitaria,  
si en tu muerte una plegaria  
no tiene mi corazón,  
en cambio, de mi infortunio  
para eterno desagravio,

sobre tu tumba mi labio  
dejará una maldición.

Sí; pues fuiste en esta vida  
la causa de mis dolores;  
pues en mis dulces amores  
vertiste lluvia de hiel,  
y al hijo de mis entrañas  
el bien paternal robaste,  
y mi cariño tornaste  
en odio acerbo y cruel;

ya que loca y arrastrada  
crucé el desierto del mundo;  
ya que en mi duelo profundo  
llanto de sangre vertí,  
pues de tu madre heredaste  
amor que en mi mal se emplea,  
¡maldita tu madre sea  
y toda tu raza en ti!...

¡Ojalá que no haya tierra  
donde tu cuerpo se espacie,  
y en tus despojos se sacie  
hambriento y feroz chacal!  
¡Ojalá que nadie guarde  
tu memoria aborrecida,  
y encuentres en la otra vida  
un infierno perennal!

-dijo; y don Pedro, iracundo,  
precipitóse en la estancia  
y hasta Magdalena, ciego,  
puñal en mano corrió.  
Luchó..., vertió sangre, y cuando  
cesó su furor prolijo,  
vio muerto a sus pies su hijo:  
pero Magdalena huyó...

Entonces, en aquel trance  
terrible, sobrecogido  
don Pedro, lanzó un gemido  
del fondo del corazón;  
y cayendo de rodillas  
ante la cruz, allí alzada,  
-¡Perdón!-con voz ahogada

gritó-. ¡Dios mío! ¡Perdón!

.....

Cuando sus ojos don Pedro  
alzó tras tantos horrores,  
vio a sus once servidores  
pálidos en torno de él.  
-¡Hermanos!-dijo, y su acento  
de inmensa melancolía  
con santa quietud lo oía  
su gente indómita y fiel...-.

¡Hermanos! Si al crimen puede  
ceder, obcecada, el alma  
que sin consuelo ni calma  
perdido su amor lloró,  
no, empero, de un Dios que es justo  
habrá de alcanzar la ira  
si apesurada suspira  
y arrepentida lloró.

Doña Elvira y doña Dulce  
me abandonaron. ¡La vida  
para mí desde este instante  
no es la misma en que viví!  
Sacrificado ese niño  
por mi mano parricida,  
solo Dios pudiera, amante,  
tener compasión de mí.

Así, pues, cuando la noche  
su manto de luto extiende,  
mi vida a Dios en ofrenda  
iré a León a llevar.  
Si hay de vosotros alguno  
a quien le plazca mi voto,  
jure contrito y devoto  
por Santiago pelear.

-¡Lo juramos!... -Pues es justa  
expiación, reclamada  
por nuestra vida pasada,  
sacrílega y criminal,  
llevad esa insignia... -Y roja,  
en sus capas, para afrenta,  
imprimió una cruz sangrienta

con el húmedo puñal.

Llegó la noche: don Pedro  
besó los fríos despojos  
del fruto de sus amores  
con la gitana fatal;  
imprimió un ósculo tierno  
de doña Dulce en los ojos,  
y abandonó para siempre  
aquella estancia mortal.

### III

Cuando tras de la colina  
que hasta los cielos se encumbra  
el sol su frente reclina,  
y opaca luz mortecina  
con brillo trémulo alumbrá;

cuando poco a poco aumentan  
las sombras, que representan  
cien panoramas de horror,  
y los jardines se ostentan  
pálidos y sin color;

en esa hora misteriosa  
en que ya el mundo reposa  
de su eterna saturnal,  
entre la magia amorosa  
de una quietud sepulcral,  
silenciosos y abatidos,  
cada cual en su trotón,  
los que antes fueran bandidos,  
penitentes doloridos  
camino van de León.

¡Van a Castilla, a lavar  
sus conciencias y a llorar  
de sus crímenes en pago!  
¡Van a su patria, a fundar  
la religión de Santiago!

Allí, cuando en la presencia  
del rey, tras de larga ausencia,  
don Pedro abjure del mundo,



tal vez hallará clemencia  
en don Fernando el Segundo.

Y él y su gente obtendrán  
de sus crímenes perdón,  
y él y su gente serán  
espanto del musulmán  
y de Galicia blasón.

Que ellos, la regla adoptando  
fácil de San Agustín,  
a Dios sus preseas dando,  
irán de España arrojando  
el torpe imperio musulín.

Luego serán consagrados  
caballeros; y admirados  
de sus invictas acciones,  
reyes les darán Estados;  
pontífices, bendiciones.

.....

Camino va de León  
don Pedro Fuentecalada  
con su temible legión.  
¡Plegue a Dios que halle  
perdón su mala vida pasada!

Teatro de tantas maldades,  
tras ellos quédase horrenda  
Milmanda en sus soledades,  
para contar su leyenda  
a las futuras edades...

De su castillo ruinoso  
entre el escombros y la piedra,  
donde el lagarto verdoso  
tiene su nido frondoso  
de ortigas, musgos y yedra,

al triste compás del viento  
que por las grietas corría  
de aquel viejo monumento,  
contóme un buitre este cuento  
en una noche sombría.

De Magdalena no habló  
ni me dijo de qué muerte  
la pobre egipcia murió;  
conque, lector, ¡buena suerte!,  
porque mi cuento acabó.

FIN